

Archivo General de La Nación

RUFINITO

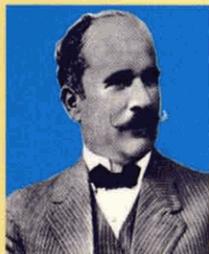
FEDERICO GARCÍA GODOY



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Colección Juvenil, Vol. X



FEDERICO GARCÍA GODOY

nació en Santiago de Cuba el 26 de diciembre de 1857. Llegó a la República Dominicana en 1868, poco después del primer estallido independentista cubano.

Su primera educación la recibió en el hogar. Más tarde hizo estudios en el Colegio San Luis Gonzaga de Santo Domingo y en el

Colegio Municipal de San Felipe de Puerto Plata. Este último, considerado por muchos como el mejor del área del Caribe, fue instalado bajo los auspicios de Gregorio Luperón y de Eugenio María de Hostos.

A finales de la década de 1870, la familia se estableció en Santiago de los Caballeros, donde su padre se desempeñaba como profesor.

Hacia 1880, García Godoy se trasladó a la ciudad de La Vega para trabajar como maestro, y decidió establecer allí su residencia definitiva. El 26 de noviembre de ese año se juramentó como director de la Escuela San Sebastián.

El 16 de julio de 1881 contrajo matrimonio con Rosa Ceara Jiménez, y de esta familia nacieron diez hijos.

En 1888 se juramentó como ciudadano dominicano.

En la década de 1890 ocupó una diputación en el Congreso Nacional por La Vega. Fue de los fundadores de la sociedad La Restauradora y uno de los principales promotores de La Progresista. A sus preocupaciones nacionalistas se debe la creación de la Sociedad Nacionalista Patria.

Participó en la lucha revolucionaria durante la llamada Revolución de Moya en 1886, contra el fraude electoral cometido por el Gobierno y el general Ulises Heureaux. A raíz de este hecho estuvo preso en Samaná. También guardó prisión en otras ocasiones, entre estas durante la presidencia de José Bordas Valdés.

Se destacó como fundador y redactor de los periódicos *El Esfuerzo*, *El Pueblo*, *El Día* y *Patria*. Asiduo colaborador de revistas, como *Letras y Ciencias*, *Ateneo*, *Blanco y Negro*, entre otras, y de publicaciones de Santo Domingo, y de París, La Habana, Caracas, Santiago de Cuba, Nueva York, Madrid, Costa Rica y Buenos Aires.

Tuvo un relevante desempeño como profesor de literatura, novelista, crítico literario y periodista de combate. Figura de primer orden en la defensa de los ideales patrios y de la soberanía nacional frente al imperialismo norteamericano.

Falleció en La Vega el 24 de febrero de 1924.

Su bibliografía es la siguiente: *Lorenzo J. Perelló hijo* (1887), *Recuerdos y opiniones* (1888), *Impresiones* (1899), *Perfiles y relieves* (1907), *Rufinito* (1908), *La hora que pasa* (1910), *La Patria y el héroe* (1911), *Alma dominicana* (1911), *Guanuma* (1914), *Bajo la dictadura* (1914), *Páginas efímeras* (1912), *El derrumbe* (1916), *De aquí y de allá* (1916), *La literatura americana de nuestros días* (1915), *La literatura dominicana* (1916), *Americanismo literario* (1918), *De la Historia* (1920), *Al margen del Plan Peynado* (1922), *Zoilo García* (1922).







RUFINITO



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Archivo General de la Nación
Colección Juvenil
Volumen X

Federico García Godoy

RUFINITO
(Sucedido histórico)

Santo Domingo, R. D.
2017





Archivo General de la Nación
Colección Juvenil, volumen X
Título: *Rufinito*
Autor: Federico García Godoy

Cuidado de la edición y corrección:
Harold Frías Maggiolo, Aimara Vera Riverón, Daniel García Santos

Diagramación y diseño de portada:
Harold Frías Maggiolo

Motivo de cubierta:
Calle del Progreso, La Vega, R. D., 1907. Fuente foto: AGN.

Primera edición: Imprenta Cuna de América, 1908

De esta edición
© Archivo General de la Nación (vol. X)
Departamento de Investigación y Divulgación
Área de Publicaciones
Calle Modesto Díaz, núm. 2, Zona Universitaria,
Santo Domingo, República Dominicana
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110
www.agn.gov.do

ISBN: 978-99-45-91011-7

Impresión: Editora Centenario, S.R.L.

Impreso en República Dominicana / Printed in the Dominican Republic

Índice

Presentación a esta edición. <i>Dr. Roberto Cassá</i>	9
Palabras.	23
El momento histórico	29
Pedro Santana	33
Los febreristas	39
Mella en Santiago.	45
La Vega	49
La Vega de entonces	53
Los Dones.	57
Rufinito.	61
Psicología de un santanista	65
Duarte en El Cibao	69
Siguiendo la pista.	75
Camino del Capitolio.	79
Rufinito contento.	83
«Los de los tristes destinos»	87
Al borde del abismo.	91
Misterio.	95
Moraleja	99
Notas.	101





Federico García Godoy.



PRESENTACIÓN A ESTA EDICIÓN

Roberto Cassá

El autor de este libro, Federico García Godoy, nació en Santiago de Cuba, el 25 de diciembre de 1857, aunque adquirió su formación en República Dominicana. Llegó a Puerto Plata en 1868, con once años, en compañía de sus padres, educadores de profesión, quienes emigraron para escapar de la violencia de la recién iniciada primera guerra de independencia de Cuba, transcurrida entre 1868 y 1878. Recibió una esmerada instrucción hogareña, la de mayores alcances en tiempos en que el sistema educativo se reducía a contados establecimientos en las escasas aglomeraciones urbanas. Fue alumno, además, de los mejores colegios de Puerto Plata y Santo Domingo.

Después de residir de nuevo durante cierto tiempo en Puerto Plata y, más adelante, en Santiago de los Caballeros, en 1880 se estableció en La Vega, lugar que nunca abandonó salvo por periodos breves y donde contrajo matrimonio con Rosa Ceara al año siguiente. Se desempeñó como un dedicado educador en los planteles de enseñanza existentes. Todavía joven, en 1886, tomó parte en la insurrección a favor de Casimiro Nemesio de Moya, candidato presidencial derrotado por medio de fraude. Nemesio de Moya era un vegano que reivindicaba el liberalismo primigenio del Partido Azul y se oponía, por tanto, a la consolidación de un nuevo orden autoritario bajo la égida de Ulises Heureaux, delfín del prócer Gregorio Luperón, cuyo



ascendiente Heureaux socavó gracias al apoyo de una porción mayoritaria de los jefes de su partido, dependientes de las prebendas que derivaban de los cargos públicos. Después de este episodio, García Godoy no volvió a incursionar en la actividad política, aunque mantuvo inamovibles sus posturas democráticas. En 1888 adoptó la nacionalidad dominicana.

A la postre, construyó su atalaya en La Vega, desde donde observaba lo que acontecía en la República, en su Cuba natal a la que nunca retornó, en América Latina y España y en el mundo. Sus energías se centraron en la producción literaria. Como autodidacta, se hizo el primer dominicano que asumía la crítica literaria de manera sistemática, aunque tenía en cierta manera como predecesor a Alejandro Angulo Guridi. Desde antes de la década de 1890 se hizo un columnista asiduo de periódicos de Santiago, Santo Domingo, Puerto Plata y La Vega. Entabló vínculos epistolares con figuras de las letras de casi todos los países de América Latina y España. Esto le permitió ser un difusor de las novedades bibliográficas de Europa y América en multitud de artículos y notas críticas, así como informar sobre novedades en literatura y el pensamiento filosófico, sobre otras áreas de la cultura y la política internacional. Acopió una de las mejores bibliotecas del país, que en vísperas de su muerte fue destruida por un incendio. Trascendió el localismo de una ciudad pequeña como La Vega y aun el de la República Dominicana.

Publicó numerosos libros, en su mayoría provenientes de la recopilación de artículos en periódicos y revistas dominicanos y latinoamericanos. Entre ellos se encuentran *Lorenzo J. Pirelló* (1887), *Recuerdos y opiniones* (1888), *Impresiones* (1899), *Perfiles y relieves* (1907), *La hora que pasa* (1910), *Páginas efímeras* (1912), *La literatura americana en nuestros días* (1915), *La literatura dominicana* (1916), *El derrumbe* (1916), *De aquí y de allá: notas críticas* (1916), *Americanismo literario* (1918). Previo a 1908, fecha de aparición de *Rufinito*, acumulaba una bibliografía contentiva de centenares de textos.



Se ha juzgado que el aporte más influyente en su haber intelectual residió en la recepción de las ideas del pensador uruguayo José Enrique Rodó, quien en su libro *Ariel* propugnó la recuperación de los moldes de la cultura tradicional de América hispánica o ibérica, de matriz europea latina, de talante espiritual, para contraponerlo con lo que se juzgaba como utilitarismo materialista anglosajón que confería sustancia al poderío de Estados Unidos.

Al igual que tantos otros intelectuales de su generación, visualizaba que Estados Unidos tomaba un derrotero imperialista que ponía en peligro la independencia de los dominicanos y de los pueblos latinoamericanos en general. Este sentimiento se fortaleció con motivo de la Guerra Hispano-Norteamericana, de 1898, en la cual Estados Unidos derrotó a España, se anexionó a Puerto Rico y Filipinas, estableció un protectorado en Cuba e hizo del mar Caribe un lago sometido a su control naval. La evolución local corroboraba la alarma a partir de la implantación de la Receptoría General de Aduanas en 1905, oficina dependiente del presidente de Estados Unidos encargada de administrar los ingresos aduanales de todos los puertos. En la Convención Dominico-Americana de ese año, aprobada de manera definitiva en 1907, quedó estipulado que el Gobierno dominicano no podía variar los aranceles ni aumentar la deuda pública si no contaba con la permisión previa del presidente de Estados Unidos. Las aduanas proveían la inmensa mayoría de los ingresos fiscales del Gobierno, de suerte que este quedaba a merced de los intereses de Washington.

Fue en tal contexto cuando García Godoy redactó *Rufinito*, obra que poco después concibió como la primera de la Trilogía Patriótica, en que se traerían a colación capítulos de la lucha de los dominicanos por la independencia nacional a lo largo del estratégico periodo comprendido entre 1844 y 1863, fechas de las rupturas con Haití y, por segunda vez, con España. García Godoy se propuso contribuir con estas obras de



ficción al desarrollo de la conciencia nacional. Como lo indica taxativamente en las primeras páginas, apuntaba a que ese sentimiento permitiera confrontar a Estados Unidos, inmerso en un proyecto imperialista de dominio y absorción de los pueblos latinoamericanos. Él atribuía a la «raza anglosajona» una condición más absorbente y poderosa que la latina.

Empero, tal comparación sopesaba pros y contras de la «raza» (esto es, cultura) de los dominicanos. El espiritualismo era una virtud reivindicable, pero se entrelazaba con lo que catalogaba como «deficiencias étnicas» que subyacían en los problemas seculares de la comunidad nacional. No bastaba, por consiguiente, con confrontar al imperialismo: se imponían reformas sustanciales que abrieran el camino a la vida civilizada plena. Aunque rechazase el «utilitarismo» anglosajón y propugnase un tradicionalismo cultural, aspiraba a que los países latinoamericanos se orientasen por parámetros de la modernidad. Se refería a la creación de instituciones fuertes, la elevación del nivel educativo de la población, la superación del atraso económico, la implantación de la democracia y la sustitución del caudillismo y el autoritarismo.

Con semejantes propuestas García Godoy mostraba que estaba inserto en un horizonte ideológico de problemáticas compartidas con contemporáneos como Américo Lugo y José Ramón López. La peculiaridad de García Godoy radicó en haber tomado distancia respecto a la matriz compartida del positivismo en la ciencia, recibido del maestro Eugenio María de Hostos, para imbricar sus certezas con el humanismo espiritual. En realidad, casi todos los pensadores oscilaban en torno a dilemas parecidos. Lugo, en la etapa final de su vida, se alejó de los postulados de su maestro Eugenio María de Hostos para acercarse a un misticismo católico. López incorporó el ideal de lo sublime como categoría programática, junto con el cooperativismo, el movimiento obrero y el socialismo evolucionista. García Godoy, por su parte, no obstante enarbolar un espiritualismo idealista, más allá de su foco intelectual



en torno a la literatura contemporánea, se interesó, aunque fuese de manera marginal, por el marxismo, el socialismo e incluso la Revolución Rusa de 1917.

Esos desarrollos no conllevaban el abandono de los ejes ideológicos tradicionales centrados en disquisiciones metafísicas acerca del ser nacional. Todos esos autores encontraron «impedimentos étnicos» entre los dominicanos para el advenimiento de la civilización. La disquisición no siempre implicaba una postura propiamente racista, como han considerado analistas. Más bien algunos de esos autores, imbuidos de positivismo científico, consideraron contraproducente la mezcla de «razas», lo que sin duda entrañaba un grave equívoco conceptual. Pero no desprendían un pretendido estatuto superior de una raza sobre otra. En el mismo orden, en ningún momento López, Lugo o García Godoy asumieron posiciones «pesimistas», como se les han achacado, puesto que consistentemente propugnaron por soluciones factibles a los problemas, de lo que se desprende que no encontraban en la «raza» un impedimento irremediable. Mayormente para esos intelectuales la categoría tenía una connotación étnico-cultural, no somática, dependiente de factores históricos y no intrínsecos e irremediables.

Lo significativo es que esos pensadores asimilaban la cultura deseable con los caucásicos, por lo que algunos de ellos propugnaron flujos de inmigración de europeos, lo que se acercaba a una perspectiva de reconocimiento de una superioridad intrínseca, aunque solo se les consideraran deseables por ser portadores de un nivel cultural adecuado y emprendedores del progreso económico. Empero, en lo más profundo, los pensadores positivistas, sin excepción, demandaban una reforma civilizatoria que debía tener por base de sustentación un sistema educativo desarrollado, como lo expuso Hostos, lo continuaron Salomé Ureña y Francisco Henríquez y Carvajal y lo intentaron poner en práctica como política de Estado Gregorio Luperón y Francisco Gregorio Billini en sus breves periodos presidenciales.



Fue en medio de disquisiciones de tal tipo que García Godoy concibió esta obra. Se advierten en ella conceptos claves para entender sus intenciones y los componentes complejos de su cosmovisión. Era el caso de la atribución del patriotismo a la capa superior y culta, y la duda acerca de la integridad de los pertenecientes a los estratos populares. El personaje central, representado por su apodo real, es un campesino que carece del nivel cultural para albergar ideales patrióticos. Es tipificado por García Godoy por su color oscuro, mulato. Se contraponen a los Dones, el círculo selecto de los jóvenes de clase superior que sobresalen por su intelecto y solo por ello están en condiciones de concebir un proyecto nacional de corte liberal.

Tal polaridad entre pobres-incultos- oportunistas-conservadores contra ciudadanos -superiores-cultos-patriotas-liberales no surgía con García Godoy. En realidad ya formaba parte de una cosmovisión compartida del pensamiento liberal dominicano. Se podía extender sutilmente incluso a planos de color, desde el momento en que el liberalismo nacionalista se asociaba a un nivel cultural que se reservaba a los ciudadanos de estratos medios y superiores. Era ya un tópico entre los pensadores que la población rural, esto es, el pueblo por antonomasia, constituía la base social del conservadurismo anexionista de las camarillas dirigentes casi permanentes desde 1844. El problema se observa, por ejemplo, como una de las quintaesencias de la consideración social de la historia dominicana decimonónica de José Gabriel García, el padre de la historiografía dominicana, de recia honestidad y patriotismo desinteresado, pero inserto en un medio social y cultural hostil a la cultura del pueblo pobre, a la que él achacaba, con ciertas matizaciones, la causa sustantiva de las desgracias sempiternas.

Ese planteamiento no significaba en sí desprecio al pueblo. En realidad, esa pléyade de pensadores, entre los que se hallaba García Godoy, tenía una vocación popular y democrática. Como lo expresó magistralmente Lugo, su propósito no debía



radicar en sojuzgar o excluir al pueblo a nombre del progreso, sino integrarlo y hacerlo partícipe de la ciudadanía, aunque fuese a través de un ordenamiento autoritario transitorio. En opinión unánime de ellos, los defectos que atribuían al pueblo podrían remediarse con ayuda de la educación, elevada a la condición de panacea al margen de circunstancias y proyectos en acción, en lo que precisamente radicaba la clave del patriotismo progresivo que predicaban.

Rufinito se desarrolla en La Vega en meses posteriores a la ruptura con Haití en febrero de 1844. El lugar era comprensible, el de destino del autor, y lo conocía al dedillo. La fecha contenía una valoración decisiva en la génesis de la nación y, al mismo tiempo, de algunos de sus males, en particular el «personalismo», categoría que también emplearon, a veces con variantes, casi todos los pensadores de la época como quintaesencia de los males vigentes, enquistados en la casta perniciosa de los políticos, pero originado en el individualismo popular, un atributo étnico contradictorio con la acción colectiva.

Pese a ser el crítico literario de su generación, previo a Pedro Henríquez Ureña, García Godoy no elaboró una propuesta acabada acerca del género de esta obra. No puede ser catalogada con exactitud como una novela, aunque contiene elementos propios de la tradición del género, como el despliegue de personajes y la evocación imaginaria de situaciones y sentimientos. El énfasis mayor, expuesto en las consideraciones iniciales, radica en el reclamo de la atención a la verdad exacta de lo narrado. Sin embargo, es patente que el libro tampoco se ajusta al discurso histórico, por cuanto las ambientaciones de detalles y la atribución de reflexiones y emociones a los personajes corresponden a la ficción. Siguiendo la pista que el propio García Godoy provee, se puede definir a *Rufinito* como un relato concebido con un formato literario distinto al que comúnmente utilizan los historiadores. En realidad se mezcla un ambiente de ficción en torno a la trama central y un plano expositivo que contiene tanto la narración de eventos



políticos de esos días como las elucubraciones del autor acerca de las materias relacionadas del medio social y las opciones políticas. García Godoy seguramente tomó partido deliberado por tal fórmula con el fin de hacerla atractiva a un amplio público lector y llenar así su finalidad de imbuir conciencia nacional. Por otra parte, es razonable suponer que la escogió por permitirle adentrarse con fidelidad en los aspectos que le interesaban de los eventos que se desarrollaban en la vida real.

Si nos atenemos al prólogo del autor, le llamaba la atención la inexistencia de una literatura nacional. Asevera que esta no radica en una colección de libros de autores nativos. Radica en un conjunto que da cuenta del sentir colectivo y no de exposiciones cargadas de «exotismo», tomadas a calco de la literatura europea. Desde el ángulo de una pragmática política, y sin que implique necesariamente una descalificación literaria, censura en cierta medida lo hecho hasta entonces por no interpretar lo propio de los dominicanos. Y, aunque no lo proponga de manera taxativa, asume tal tarea.

Este libro no depende de la consulta de documentos, como es propio de la labor especializada de los historiadores. Es resultado de un acceso al medio de 1844 por vía personal, acaso gracias al conocimiento de actores y de la tradición pretendidamente verídica. Hay que tomar en cuenta que García Godoy se estableció en La Vega apenas unos treinta y cinco años después de la acción narrada, cuando permanecía fresca la memoria oral relativa al destino del protervo Rufinito y de sus presuntos victimarios, los Dones, a algunos de los cuales con seguridad él trató de cerca por lo que se desprende de la narración. De hecho, en la forma en que se exterioriza la empatía por esos jóvenes de la élite social y cultural, el escritor se coloca como un integrante de una generación ulterior. Él no era un terrateniente o burgués comercial, era además un extranjero recién llegado, pero se conectó con el círculo dirigente local como el



hombre culto por antonomasia entre los descendientes de aquellos personajes anónimos de 1844.

En realidad García Godoy no alaba a la exigua clase superior, a la que pertenecía por el simple hecho de su nivel cultural. Reconoce que muchos de sus integrantes, como aquel a quien designa, siguiendo a Amézquita, como el general Bartolo Mejía (se aclara en las notas finales, que pudo tratarse en realidad de Manuel Mejía) —uno de los adalides militares venganos—, se plegaron a Santana, aunque más adelante se unió a los patriotas durante la Guerra de la Restauración. García Godoy es consciente de la vocación conservadora de muchos y lo que alaba, en verdad, es el patriotismo, que para aquel momento lo identifica con los Dones, a quienes eleva a categoría de símbolo para la posterioridad. La desgracia mayor, tal como la expone en *El derrumbe*, con un discurso histórico ortodoxo, ha radicado en que el pueblo no se ha compenetrado con los principios salvadores de la libertad y la civilización, y se ha mantenido sujeto a secundar a los políticos.

Al pasar Juan Pablo Duarte por La Vega, como delegado de la Junta Central Gubernativa en el Cibao, los Dones se identificaron con su causa, aunque de manera cauta, detalle este último que le confiere visos verosímiles. Identificaron las intrigas de los conservadores para minar el ascendiente del padre de la patria y sumarse al influjo creciente de Pedro Santana, en esos días jefe del frente del Sur en Baní que confrontaba la invasión haitiana. Esos jóvenes de la clase alta se pusieron de acuerdo en alertar a Matías Ramón Mella, delegado gubernamental en el Cibao, ferviente adicto a Duarte, a quien como se sabe proclamó presidente de la República en Santiago. Para tal efecto, decidieron remitirle en secreto una correspondencia informándole lo que acontecía.

Es ilustrativo que, como parte de la exposición de tesis, el libro se inaugure con una caracterización de la figura de Santana como representante de una época, de hecho el personaje histórico del momento, de rasgos rurales y proclive por naturaleza



al ejercicio arbitrario del poder. Frente a él contraponen a los febreristas, los compañeros de Duarte, pero no a este como persona.

José Rufino, Rufinito, el antihéroe protagonista, un agricultor de la cercanía de la villa, astuto de naturaleza, observaba. Era un retrato hablado de lo que los «pueblitas», ciudadanos de arriba, percibían como el tipo popular de entonces, beodo, religioso, fiestero, partidario de Santana por fanatismo e instinto rutinario de adhesión a la fuerza y la autoridad, que decidió por su cuenta estar al acecho de los Dones, bien conocidos por él y odiados en el plano social en su fuero interno. Por su capacidad de observación, Rufinito se dio cuenta de cuando uno de los Dones, el mejor descrito, le hizo entrega de la misiva a un recuero, lo que le permitió apropiarse de ella con el fin de entregarla en persona a Santana y con ello minar la autoridad de quienes calladamente consideraba sus enemigos.

Sin entrar en detalles, se da por sentado que de alguna manera asesinaron a Rufinito en vísperas de su viaje a Santo Domingo, donde pretendía hacer entrega de la carta al mismo Santana. Como parte de la tesis expositiva, con el fin de despejar dudas, se aclara que, entre las versiones que circulaban, se acogía a la del hacendado Antonio Amézquita. El cómo se produjo la desaparición de Rufinito, según la versión novelada, habría quedado en el misterio. En este terreno, se infiere que el escritor decidió no incursionar por cuanto implicaba un problema de legalidad, habida cuenta de que se trató de un crimen irresuelto. De seguro García Godoy tenía conocimiento de alguna versión de cómo se produjo ese desenlace, pero decidió obviarlo pese a su reclamo de circunscribirse con «exactitud positiva» a los hechos y aprobar la actuación de los Dones. Para validar esto recurrió a las notas finales, que tampoco se compadecen con el universo novelesco de la ficción.

Como se observa en esas notas del mismo García Godoy y en el breve artículo del historiador vegano Manuel Ubaldo Gómez, ambos muy posteriores, ni siquiera quedó en claro quién



fue el Rufinito de la tradición oral, si el primer José Rufino o su hijo. García Godoy y Manuel Ubaldo Gómez consignan la existencia de dos personajes, pero divergen en sus nombres. Más complicado e importante es lo relativo a la verdadera causa de la muerte de Rufinito. Según Gómez, basado en un dato proporcionado en confesión al padre Moya, quizá el sujeto fue asesinado por un vecino a consecuencia de celos y no por la razón política narrada. Al final, contrariamente al reclamo de veracidad absoluta de García Godoy, hay lugar a poner en duda que haya acontecido la trama vinculada a la carta y al sujeto asesinado.

Como en toda tradición oral, no obstante lo reciente del episodio, su transmisión se prestaba a versiones modificadas o francamente tergiversadas de acuerdo a intenciones eventuales. Lo importante en este caso es que quedó una memoria de la acción de esos Dones como prototipos del patriotismo, confrontados veladamente por un rústico insignificante apegado al poder de la fuerza. Otro aspecto significativo es que el personaje de Rufinito exponía un universo social refractario al progreso. Los patriotas, según se infiere de la narrativa, quedaron aislados de la masa popular e incluso de su propio medio social superior. Sin embargo, en el texto no se expone un pronunciamiento categórico acerca de las distinciones de actitudes de los sectores sociales.

Hay motivos para someter a interrogatorio la validez de estas propuestas interpretativas que contienen las zonas de tesis y de ficción de la obra. De todas maneras, cabe destacar que el relato encierra una metáfora acerca de los avatares de la historia nacional en su génesis republicana. En la tesitura arriba considerada acerca del contenido de una «literatura nacional», García Godoy apunta a la meta de aprehender la sustancia colectiva que hace comprensible el decurso del pueblo dominicano. Está presente una pregunta metafísica sobre el ser nacional que estuvo antes formulada de otras maneras, empezando por los discursos sociológicos, como los utilizados



por Eugenio María de Hostos y Pedro Francisco Bonó, o las exposiciones historiográficas, como la de José Gabriel García. En ese momento, es lícito inferir que García Godoy, bien familiarizado con la sociología, la filosofía y la historia, apostó a una fórmula literaria, no circunscrita a un género, pero que facilitara una reconstrucción palpitante, despojada de esquematismos estériles, acerca de cómo sucedieron las cosas, cuál fue el ambiente y cuáles fueron las disquisiciones y estados de ánimo de los personajes representativos del mundo de entonces.

Años después, en 1916, ya concluida la Trilogía Patriótica, que continuó con *Alma dominicana* (1911) y *Guanuma* (1914), abrumado por la intervención militar directa del imperialismo, el autor consideró imperativo pronunciar una condena directa mediante procedimientos analíticos de corte histórico-sociológico. De tal manera, en escasas semanas, redactó *El derrumbe*, texto fundamental dentro de la trayectoria del pensamiento social dominicano, mandado a incinerar por los ocupantes estadounidenses, temerosos de que se propagara el vibrante llamado a la resistencia nacional. En él, en el más puro positivismo científico, no escatimó formulaciones categóricas acerca de los determinantes sociales y étnicos de la ominosa entrada de la Infantería de Marina de Estados Unidos. En definitiva, *El derrumbe* complementa, lejos de toda ficción o reconstrucción literaria, algunas de las tesis contenidas en la Trilogía Patriótica, principalmente en su primera entrega, *Rufinito*. No se presentaban atenuantes ante la gravedad de lo que había terminado por acontecer, el temido naufragio de la nacionalidad dominicana. No había valido de mucho el esfuerzo literario previo. En el ensayo sociohistórico se constata la inexistencia sin más de una conciencia nacional. Aunque de manera cortante, transforma la carencia en impostura, la observación sosegada en condena violenta a los políticos y al pueblo. La derrota de Duarte no dependió de una correlación circunstancial de fuerzas, fue el resultado de una condición esencial de la colectividad. Lo que en *Rufinito*



quedaba sugerido conforme a una fórmula expositiva apegada a la verdad, pasaba en *El derrumbe* al plano de la reflexión sistemática.

A pesar de sus limitaciones, *Rufinito* quedó consagrado, desde su misma aparición, como referente literario. Existían contados precedentes de obras de ficción con el aliento para adentrarse en cuestiones atinentes a la sustancia del colectivo dominicano y de su destino. Una comparación con novelas como *El montero*, de Pedro Francisco Bonó, *Engracia y Antoñita*, de Francisco Gregorio Billini, o *La sangre*, de Tulio Manuel Cestero, abre la posibilidad de apreciar componentes de la incipiente literatura nacional. En fin de cuentas, estos literatos, también ensayistas, sociólogos o historiadores, se debatían en la búsqueda de remedios a los males seculares que los colocaban en posición aislada. Ni el pueblo ni las élites políticas dirigentes compartían en general una aspiración «racional» a la libertad y la autodeterminación. Tocaba a los analistas explorar causas y proponer cursos de acción. Fue lo emprendido en este escrito, como las dos novelas siguientes de la Trilogía, para contribuir a la gestación de una literatura nacional y al avance de la conciencia nacional.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



PALABRAS

No he creído nunca en la posibilidad de la formación de una literatura nacional en el elevado sentido que tiene para mí semejante cosa. No existe literatura dominicana como no existe literatura peruana, ecuatoriana o argentina, a no ser que se tomen como tales literaturas las colecciones de libros publicados por escritores de esos mismos países o de los demás de la América Latina, lo que ciertamente, muy en particular, en lo que toca a la producción literaria de estos últimos tiempos, vendría antes que a desmentir mi aserto a confirmarlo espléndidamente. Salvo una que otra tentativa bien encaminada, el criollismo en Venezuela, por ejemplo, y uno que otro feliz ensayo de estudios históricos, de crítica y de novela de costumbres locales, la labor literaria de Hispanoamérica actualmente, en su aspecto más resonante y conocido, se encauza por rumbos de un exotismo muy acentuado, atenta, sobre todo, en su parte francamente imitativa, a seguir con fidelidad las orientaciones artísticas, muchas veces insustanciales y efímeras, que se producen en países muy civilizados de intenso cultivo literario; y parece de continuo solicitada por el empeño de exteriorizar un subjetivismo que expresa a menudo con vigor estados de alma muy personales, pero rarísima vez modos de ser, emociones, aspiraciones, ideales, matices de sentimiento exclusivamente americanos.

En la poesía, principalmente, por ser la modalidad literaria más socorrida, casi nunca vibra de manera intensa la nota



autóctona, indígena, de característico relieve nacional o local, de pronunciado sabor del terruño, sino la emoción más o menos diluida o quintaesenciada que pretende reflejar artísticamente complejidades psicológicas, estados anímicos complicados, por lo general, excepción hecha de tres o cuatro verdaderos poetas, productos de mera imitación, sin jugo medular, casi siempre artificiales, a veces candorosamente infantiles.

Una literatura nacional representa a mi ver cosa hartamente distinta. Ocho o nueve decenas de años de vida independiente, desordenada, incoherente, anárquica, no constituyen base apropiada para formarla. Tentativas aisladas u orientaciones extraviadas, no son seguramente elementos favorables para dar a tal flamante literatura la fuerza de cohesión y el espíritu de unidad que indispensablemente necesita. La literatura de un país es luminosa herencia secular que crece progresivamente, formando un todo homogéneo y grandioso, susceptible, claro está, de evolucionar conforme a las señales de los tiempos y a ciertas circunstancias del momento; pero conservando siempre, aun en sus más salientes momentos de decadencia, el aroma fuerte e imperecedero del espíritu nacional que la particulariza dándole especial fisonomía. Es reflejo fiel e intenso de una colectividad social cohesionada por intereses comunes de ambiente, de raza y de idioma, que ha recorrido ya sucesivas e interesantes etapas de desenvolvimiento histórico. La suma de esfuerzos de esa misma colectividad acumulada en el acervo de su historia, es la que presta vigorosa y peculiarísima expresión a una literatura, lo que le da resaltantes rasgos fisonómicos que la impiden confundirse con ninguna otra. En ella vibra clara y armoniosamente el alma de un pueblo que ha tenido o que aún conserva el ideal o los ideales que le han señalado el permanente derrotero de su proceso evolutivo como entidad nacional ingente y respetada.

A algo parecido podría, tal vez, llegarse con el tiempo en Hispanoamérica. Considero esta como vasta agrupación social sólida y perdurablemente unida por el lazo de una misma



sonora lengua y por vínculos indestructibles de idéntica herencia étnica e histórica. Acortando distancias, estrechando lazos, fomentando más íntimas relaciones, aunando esfuerzos, quizás podrían precisarse, en un porvenir no muy remoto, las líneas y formas de una literatura característica, vitalizada por el alto y noble ideal de conservar como sagrado e intangible depósito los intereses materiales y morales de nuestra raza amenazada en América a toda hora por otra más absorbente y poderosa.

Desde cierto punto de vista, opónese también a la formación de una literatura exclusivamente nacional un factor de excepcional importancia. Como en ciertas manifestaciones artísticas, también en otras esferas de la actividad social va imperando un exotismo que se dirige a substituir con usos y cosas de procedencia extranjera costumbres pintorescas de nuestras ciudades que formaban su nota más original y expresiva, y que constituían el encanto y el regocijo de nuestros abuelos. La civilización actual, en su tendencia expansiva, tiende a borrar linderos y a suprimir ciertas fronteras. Una fuerte racha de afición a lo extraño sopla sobre muchos de estos pueblos de incipiente civilización, de personalidad aún no bien definida, de existencia reciente y amenazada. No pudiendo por muchas circunstancias imponer usos y costumbres, tienen por fuerza incontrastable que aceptar los ajenos. No siéndoles posible determinar impulsiones, tienen forzosamente que recibirlas. Dentro de poco, menester será echarse fuera de la urbe para rastrear en el campo, en las peculiaridades de la gente que en él vive, aspectos característicos, elementos artísticos aprovechables. En Hispanoamérica, no obstante, existen fuerzas de resistencia que no pueden ser fácilmente destruidas. Los vínculos ya indicados, han creado en ella un ambiente común, libre por entero de ciertos prejuicios puramente europeos, donde pueden moverse holgadamente aspiraciones y tendencias de cierto orden diversas, y aun opuestas.



Si la inclinación a lo exótico y cierto ideal cosmopolita van lentamente esfumando pintorescas costumbres urbanas, no sucede ni puede suceder lo mismo con lo que constituye la resplandeciente urdimbre de la historia de algunos de estos pueblos hispanoamericanos. En ella, en su asiduo cultivo, en el exacto conocimiento de los hechos que la integran, hay asuntos propios para toda clase de exteriorizaciones artísticas; y en la fecunda enseñanza que de ella se desprende hay también los elementos necesarios para fortificar la conciencia nacional creando una atmósfera fuertemente refractaria a cuanto tienda a arrebatar a estos pueblos jirones de su independencia conquistada en días trágicos, pródigos en heroísmos y sacrificios.

Santo Domingo tiene una historia interesante, muy dramática y muy gloriosa. De esa cantera histórica todavía casi inexplorada he extraído un diminuto bloque y he formado a *Rufinito*. Harto sé que mi inhábil cincel no ha acertado a infundir vida artística a ese busto. Sus líneas escultóricas carecen, indudablemente, de belleza; tal vez parezcan rudas y desproporcionadas. Con todo eso no vacilo en exhibirlo, siquiera sea como demostración de un empeño intentado y muy deficientemente conseguido.

Sobre el episodio de *Rufinito*, positivamente exacto en lo esencial, han circulado siempre versiones un tanto contradictorias en lo que se refiere a ciertos pormenores. Para esta narración he seguido, prefiriéndolo a otros, el relato del rico y anciano hacendado don Antonio Amézquita por su claridad y precisión, y por su absoluta concordancia con los hechos históricos. Al final de la narración, curándome en salud, inserto unas notas con el propósito de responder de antemano a algunas aclaraciones u objeciones que puedan formularse. Por encima del ambiente histórico, no muy lejano, por cierto, en que ocurrió este episodio, empieza a extenderse la niebla sutil de las cosas propicias al florecimiento de la leyenda. He puesto algo de mi alma en esa melancólica peregrinación a un periodo



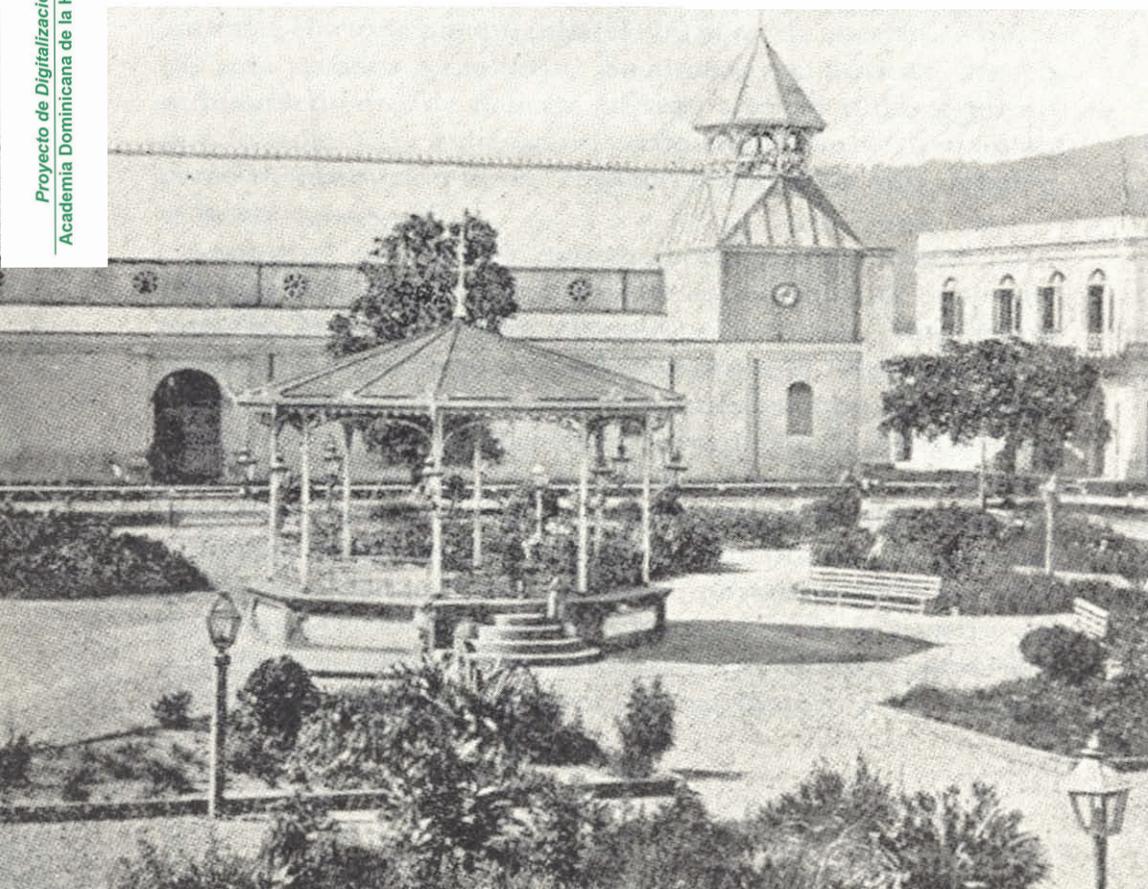
interesantísimo de nuestra historia en que se produjeron sucesos de decisiva influencia en la orientación política de la República.

He querido, en estas horas de angustiosa incertidumbre para los pueblos de procedencia ibérica, cuya situación geográfica los pone casi a merced del imperialismo norteamericano, reconstruir en parte, vivo y palpitante, un pasado en algo obscurecido por lamentables errores y en todo lo demás brillantemente iluminado por culminantes actos de abnegación y por hechos de imperecedero renombre, para que, contemplándolo con amor, siquiera un instante, se afirme en nosotros más y más el irreductible propósito de mantener incólume, sin mengua y sin desdoro, la gloriosa nacionalidad dominicana.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



EL MOMENTO HISTÓRICO

Acababa de cristalizarse en hecho resonante, de trascendencia histórica, el propósito magnificente, largo tiempo acariciado, de crear una nueva entidad nacional echando por tierra la dominación haitiana eminentemente repulsiva y vitanda. Obra de un milagro de entusiasmo juvenil, había surgido la república soñada, ansiosamente perseguida, entrevista como una fulguración de apoteosis por muchos de sus jóvenes y excelsos fundadores. Aunque de momento decisivo, el suceso de El Conde no era ni podía ser sino el punto de partida de una encarnizada lucha de varios años, que, en síntesis gloriosa, compendia una inmensa suma de esfuerzos inauditos y de acrisoladas abnegaciones. Durante esos años el suelo nacional sorbió ríos de sangre y los ojos angustiados contemplaron en medio de cuadros de desolaciones infinitos restos de ciudades humeantes, piras gigantescas que atestiguaban con insuperable elocuencia la viril e irreductible resolución que en aquella crisis suprema animaba el alma dominicana. Desde el mismo día de su advenimiento a la vida independiente, convirtiéndose la República en inmenso campamento donde se vivía arma al brazo y se estaba perennemente apercebido para rechazar las acometidas frecuentes de los haitianos que, a pesar de sus repetidos y graves descalabros, no cejaban en su empeño de adueñarse nuevamente del territorio dominicano.

Para contrarrestar el primer empuje de la agresión, que semejante a enfurecido oleaje avanza amenazante, aparece



Pedro Santana, general improvisado surgido al mágico conjuro del ideal revolucionario, quien, con un puñado de valientes, se atrinchera en Azua y rechaza los repetidos ataques del numeroso ejército haitiano. Este, amilanado y maltrecho, se apresura a ganar la ribera opuesta del Jura, poniendo el río entre él y los flamantes vencedores. Pero algo tristemente inusual ocurre de seguido. Santana, triunfador, malogrando el éxito alcanzado, se pronuncia en retirada hacia Baní donde establecerá por largos días su campamento como para cubrir el camino de la capital. Algunos consideran el movimiento retrógrado de Santana como una hábil operación estratégica. No lo discuto. Con los hechos no se discute, y los hechos dicen que esa retirada puso la nueva nacionalidad a dos dedos de su ruina. El estupor se estereotipa en todos los semblantes. La incertidumbre y la angustia, a modo de venenos sutiles, principian a infiltrarse en los corazones. Los pusilánimes tiemblan ante el porvenir brumoso, preñado de amenazas. Los fuertes se deciden a buscar glorioso refugio en la muerte recibida frente al enemigo. El horizonte va cargándose de negros nubarrones que amenazan convertirse en tempestad deshecha. ¿Qué va a ocurrir? ¿Tocará otra vez el Atila haitiano con el pomo de su espada la puerta del baluarte de El Conde, cuna sagrada de la independencia nacional? ¿Resonará también para la nueva nacionalidad algo parecido al angustioso grito de *Finis Poloniae!* pronunciado por el héroe vencido en Maciejowice?

Entre tanto, por las llanuras del norte, arrollándolo todo, el otro ejército invasor que manda Pierrot prosigue su marcha triunfadora halagado por la esperanza de una victoria rápida y decisiva. Ya alcanza a ver los débiles reductos e improvisados atrincheramientos con que Santiago, la ciudad legendaria, pretende poner obstáculo infranqueable a la numerosa hueste enemiga. Imbert, valeroso y organizador, imprime unidad a la defensa. El choque es recio y prolongado. La noble ciudad se cubre de gloria en la tarde del 30 de marzo. Pierrot, derrotado, vuelve caras dejando estelado de cadáveres el camino que



recorre en su retirada. Rabioso y humillado repasa el Masacre con su tropa ya convertida en horda. La victoria de Santiago cambia favorablemente la faz de las cosas y consolida en gran parte la bamboleante República.

Despejado de enemigos el norte e iniciado meses después el movimiento de retroceso del ejército haitiano del sur, avanza resuelto Santana y, bien secundado por valientes y pundonorosos oficiales, lo persigue activamente hasta las fronteras. Parece como que ha conquistado nuevos lauros. Todas las miradas empiezan a fijarse en este hombre. A su alrededor comienzan a abejear los intrigantes, los forjadores de combinaciones protervas. Como las brujas de Macbeth, sus áulicos dejan caer en sus oídos palabras lisonjeras que espolean su ambición todavía en crisálida. Se desperdicia locamente en intrigas de cuartel, en forjar planes mezquinos, un tiempo que hubiera podido y debido ser empleado útilmente en dotar al nuevo organismo nacional de instituciones viables en consonancia con sus arraigadas peculiaridades sociales.

En la misma Junta Central Gubernativa, elementos heterogéneos que ha permitido la inexperiencia actuar en ella, se agitan activamente, detrás de bastidores, aumentando el combustible que servirá para alimentar la voraz hoguera que ha de consumir muchos anhelos de bien y muchas generosas aspiraciones. Se urden tramas proditorias. Elementos afines se aproximan para apresurar la realización de una obra de desquiciamiento. Entre el Ejército del Sur y la Junta Central empieza a producirse un antagonismo de funestas consecuencias, que pronto se convertirá en radical división, presentando de un lado la tendencia reaccionaria cumplidamente personificada en Pedro Santana, el novel caudillo, y del otro el ideal de una república democrática, cimentada en el derecho, tal como la entienden los más caracterizados febreristas.





PEDRO SANTANA

Pedro Santana es producto directo del medio y de las circunstancias. Aunque de muy pronunciado tipo indio, en él se han fundido, han puesto su sello elementos étnicos diversos. He contemplado nuevamente su retrato. Por la convexidad de su pecho, por su sólida cabeza de rasgos rudamente expresivos en que el corte de la nariz y la ausencia completa de mostacho hacen rememorar vagamente la testa ornada de laurel de no recuerdo qué emperador de la Roma cesárea, representa un hombre de recia musculatura, de pujante fuerza física, formado como para imponerse y dominar a los demás. En su fisonomía muy poco interesante, en la expresión de sus ojos que brillan bajo la maraña espesa de sus cejas, he creído ver reflejarse la lucidez natural de su entendimiento, la energía de una voluntad indomable, la astucia ingénita del campesino, la actividad que no quiere tregua ni descanso, la carencia de ciertos escrúpulos para arribar a la realización de un propósito; todo lo que, en resumen, constituye la poco complicada psicología de este férreo mandatario, tan útil en dos o tres momentos de su carrera pública y tan funesto en todos los demás. De mayoral o dueño de un ható se ha encontrado de improviso, sin transición, elevado en el pavés revolucionario hasta la cúspide del poder supremo, y desde ella, naturalmente, ha pensado que conducir hombres es lo mismo o poco menos que ordenar ganados, que a semejanza de éstos que hay que llevar periódicamente al pasto y al abrevadero, también deben disciplinarse



los hombres acostumbrándolos a inclinarse bajo el látigo del capataz y a limitarse a obedecer sin discusión lo que se dispone de arriba, a fin de que ninguna nota desacorde, de cansancio o rebeldía, venga a turbar la monótona y necesaria uniformidad de su existencia cotidiana.

Precisa remontar algo la corriente de la historia nacional para toparse con su antecedente o por lo menos con otro de su talla que tenga con él visos de semejanza y aun puntos de contacto. Únicamente le encuentro cierto parecido con Sánchez Ramírez, el valeroso jefe de la campaña reconquistadora, en quien comienza la serie histórica de caudillos dominicanos de prepotente influjo en los destinos del país. Se aproximan por el sentimiento muy acentuado, común en ambos, de un autoritarismo recio e intolerante a que todo debe plegarse y subordinarse; pero poseen rasgos que los distancian considerablemente, quizás determinados por la diferencia de los ideales que influyeron decisivamente en la evolución de sus respectivas épocas históricas. Para establecer su verdadera filiación, desde uno que otro punto de vista únicamente, tal vez hay que subir mucho más lejos, y encontrarla en alguno o algunos de aquellos renombrados capitanes españoles, valerosos, crueles, astutos, exentos de escrúpulos, creyentes a macha martillo, que sojuzgaron bravamente casi todo el continente americano, y de los cuales el tipo más original y curioso a mi ver, es aquel Francisco Carbajal, el octogenario y fiel teniente de Gonzalo Pizarro, de cuyos labios fluía continuamente esta frase que encierra en su laconismo sombrío toda la negrura de aquella alma implacable: «De los enemigos los menos».

Ostenta como timbre preciado su acrisolada honradez, lo que en verdad no significa gran cosa tratándose de una época en que todos o casi todos los que descollaron en ella eran probos abnegados. En realidad sus errores, aun con ser tantos y tan graves, no se deben a él solo, sino principalmente al medio y al tiempo en que vivió, a las extremadas deficiencias de la mentalidad de la época en que le tocó actuar, ignorante,



rutinarísima, repleta de ideas añejas, y de torpes preocupaciones, entre las que culmina como artículo de fe de indestructible arraigo, la creencia, todavía imperante en buena parte de la masa social, que el escrupuloso respeto a la ley de parte del gobernante es signo de evidente debilidad; que hay que pegar fuerte para mandar bien, y que toda la ciencia del buen gobierno se reduce a seguir al pie de la letra los procedimientos coercitivos, brutales en extremo, que sirvieron de norma a muchos caudillos para afianzarse en el poder. La funesta trascendencia de tal manera de pensar se ha visto claramente en gobernantes que subieron al Capitolio animados de excelentes ideas, y que, insensiblemente, por la lenta pero positiva infiltración de tales creencias, fueron deslizándose por la fácil pendiente de las arbitrariedades y de los viejos y consagrados procedimientos autoritarios. No hay, pues, que descargar toda la responsabilidad sobre Santana. Detrás de éste, sin él quizás darse aproximada cuenta, se mueve una masa de intereses tradicionales que lo empuja y precipita. En buena parte de la América hispana sucedía cosa igual o parecida en aquella misma época. Rosas, en Buenos Aires, llegaba a extremos de increíble ferocidad en su odio a sus contrarios políticos, «los salvajes, asquerosos e inmundos unitarios».

Aunque de verdadero talento natural, en su cerebro inculto sólo prospera, por obra de cierto fondo de ideas ancestrales y por su propia experiencia del medio en que figura, el concepto de la fuerza, de la violencia, de la imposición, como único resorte propicio para hacer sentir y respetar la autoridad de que se halla investido y como la más apropiada forma de solución para todo género de dificultades administrativas. Ese concepto en estado de larva, vago e impreciso al comenzar su vida pública, va afirmándose y creciendo a medida que avanza en ella hasta llenar por completo su cerebro, y resulta, sin temor de equivocarse, toda la rudimentaria filosofía de que extrae la regla de conducta que ha de seguir en los diecisiete años en que como jefe revolucionario o como presidente somete a



su omnímoda voluntad el pueblo dominicano. Su desdén por cierta clase de disciplinas intelectuales es grande. Los hombres de alguna capacidad mental que no van tras su carro de guerra, que no lo asesoran conforme a la manifiesta inclinación de sus deseos, son elementos perniciosos, de evidente peligro para la cosa pública, y el más leve acto por parte de ellos de inconformidad con lo existente debe ser tildado de criminal y antipatriótico. Refiérese que, a raíz de la Anexión, conversando con un empleado español, le decía: «He hecho a Uds. un gran regalo, porque les he dado un país sin periodistas ni abogados». Sólo lo que demuestra fuerza material, lo que se impone a la vista, lo que se traduce únicamente en acción, vincula a sus ojos un mérito o un prestigio. Cuéntase que de los febreristas sólo Mella atesoraba para él relativo valimiento, y esa excepción era debida únicamente a la resaltante bravura de esa simpática figura histórica. Irascible, violento, impetuoso, incapaz de reprimir sus súbitos accesos de cólera, todo lo que representaba desconformidad con su manera de ver las cosas, hombres, e instituciones, debía eclipsarse o desaparecer. La característica más visible de toda tiranía es el propósito de identificar el orden público con la personalidad del supremo imperante, de suerte que toda justa tendencia a destruir su poder personal, resulte un horrendo atentado contra las instituciones digno de ser castigado inexorablemente, salvo cuando este mismo mandatario, aventado del poder, lo pretende nuevamente encendiendo la guerra civil, como Santana, al frente de numerosas mesnadas revolucionarias.

Y así va, guerrero victorioso, dictador omnipotente, con el pecho cerrado a la piedad, por un camino sombrío jaloneado de patíbulos hasta caer en la Anexión, abismo pavoroso en que van a hundirse para siempre su nombre y su prestigio. ¡Cuántas veces, en el nefasto campamento de Guanuma, en sus noches de insomnio, a solas con su conciencia debió pensar en lo efímero y sangriento de su obra y sentir en su alma adolorida la ateneante angustia de tardíos remordimientos! ¡Su doble



entorchado de teniente general del Ejército Español, su silla curul de senador del Reino, su título nobiliario de Marqués de las Carreras sólo debieron servirle, en la hora suprema, para medir, siquiera aproximadamente, toda la espantable magnitud de su caída! La muerte, misericordiosa, lo recogió en su regazo de paz eterna, precisamente en el instante en que ella tan sólo podía servir de digno refugio a su inmenso infortunio: en el momento en que, ya declarado traidor y puesto fuera de la ley por el gobierno revolucionario, tenía en la mano el pasaporte que lo alejaba del país por orden de las autoridades españolas.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



LOS FEBRERISTAS

Frente a tal hombre y al grupo de notables que empieza a rodearlo, tremolan los febreristas la enseña que simboliza el propósito de establecer una república fundamentada en la libertad y el derecho, sin restricciones menguadas, sin personalismos aviesos, sin sombra de intervención o protectorado de ninguna potencia extranjera. Tienen de su parte el entusiasmo juvenil que hace prodigios, la fe que levanta montañas, la abnegación que, sin reservas de ningún género, lo ofrenda todo en aras del ideal excelso que los mueve e imprime dirección a sus viriles y patrióticas gestiones. Suspicious e intolerante, el dominador haitiano ha aventado de los claustros de la vieja Universidad, semillero de varones ilustres por su saber y virtudes, los últimos y eximios representantes de la cultura sólida y brillante que hizo de aquella renombrada institución docente centro y foco de un adelanto intelectual tal vez no superado en ninguna de las otras colonias americanas que vegetaban bajo la dominación española. Por playas extranjeras vagan los últimos restos de aquel florecimiento intelectual que esparció su aroma bienhechor por las vecinas Antillas y aun por regiones más distantes. Un sacerdote benemérito, el limeño Gaspar Hernández, con sus cuatro horas diarias de clase de Filosofía en la sacristía de Regina, donde muchos de los futuros febreristas acuden a ungiarse con el óleo de su fecunda enseñanza, como que, por un momento, reanuda la tradición de estudios universitarios interrumpida, soldando nuevos áureos eslabones



a la resplandeciente cadena rota por el despotismo haitiano. Éste, sorprendido e inquieto, cierra con mano airada el aula luminosa en que diariamente resonaban los acentos de aquella voz elocuente, y expulsa de la ciudad primada al noble e ilustrado levita.

En su propaganda redentora nada los desalienta o intimida. En La Trinitaria tienen apropiada base de acción. Saben plegarse a las circunstancias y sacar de ellas las mayores ventajas posibles para el triunfo de sus ideas separatistas. Y ven al fin coronados por el éxito sus esfuerzos. El 27 de Febrero, por obra de ellos, se opera la radical transformación: el fundo haitiano se convierte en república independiente. Y aquí comienza su doloroso vía crucis. Mientras la aspiración separatista se encarna en aquellos corazones juveniles; mientras aparecen como los portaestandartes del deseo unánime del pueblo dominicano de desligarse, cueste lo que cueste, de aquella dominación vergonzosa, se les sigue con fe, con entusiasmo, sin mayores dificultades ni discrepancias. Pero consumado el hecho, aún no extinguidos por vítores que saludan la aparición del nuevo Estado, empieza a perfilarse la antinomia, la radical divergencia que existe entre sus aspiraciones a un gobierno libre y democrático, y las sustentadas por algunos hombres relativamente notables sin fe ninguna en la viabilidad de la entidad nacional recién surgida, y que, muy sinceramente sin duda, desean para ella el apoyo firme y estable de una nación extranjera. Estos hombres, en su lucha contra aquellas aspiraciones, explotándola hábilmente tendrán a su favor la deficiente y rudimentaria mentalidad de la inmensa mayoría de la sociedad dominicana en aquel entonces, mole granítica en que se estrellarán lamentablemente los esfuerzos de los febreristas. No pasa mucho tiempo sin que éstos empiecen a observar, con estupor primero, con doloroso desaliento después, que marchan por un camino resbaladizo, que la tierra amenaza hundirse bajo sus pies. Son los estremecimientos naturales de un terreno inconsistente en que, por falta del



humus necesario, no germinan las semillas en él esparcidas. Sus ideas principian a ser miradas como novedades peligrosas. Sus pasos más inocentes son aviesamente interpretados. Se les sigue señalando con el mote despectivo de filorios, corrupción de la palabra filósofos, aludiendo a sus antiguos estudios de filosofía en el convento de Regina. Muchos los tildan de soñadores, visionarios, locos. Y lo son efectivamente o aparentan serlo para los intelectuales que rodean a Santana y ven en el caudillo oriental el hombre adecuado para la realización de sus combinaciones ulteriores; lo son, sin duda, para muchas gentes pacíficas y acomodadas que quieren efectuar tranquilamente su digestión y tiemblan ante cualquier cambio que pueda perjudicarlos en sus intereses o hacerlos salir por un momento de sus hábitos sedentarios; lo son, en fin, para las últimas clases sociales donde florece, vigorosa y exuberante, toda una tupida vegetación de ideas añejas, de rancias preocupaciones y de convencionalismos morbosos. Muchos años después, de boca de un hombre respetable y algo culto, santanista impenitente, oí conceptos parecidos sobre los febreristas, a los que seguía llamando irónicamente filorios.

En estas colectividades incoherentes y desordenadas, por natural impulsión de las cosas, las mayorías siguen espontáneamente, con entusiasmo, a los caudillos que mejor personifican su manera de ser, que mejor se adaptan a sus hábitos mentales, que con mayor fuerza reflejan su irresistible tendencia al estacionamiento y a la rutina. Y eso que constituye un hecho evidente, se explica más, resulta más natural y lógico, a raíz de la expulsión de los haitianos, momento histórico en que se tuvo que atender con preferencia a organizar militarmente al país para ponerlo en condiciones de defenderse con eficacia de invasiones frecuentes y formidables. Eso solo basta para explicar satisfactoriamente, sin necesidad de ahondar más por otro lado, el triunfo del personalismo representado en Santana, el caudillo más prestigioso del momento, y el rápido e irremediable fracaso de los febreristas. Faltó a estos, por otra parte,



la iniciativa en el instante oportuno, la audacia de asestar rápidamente duro golpe al adversario sin pararse en escrúpulos ni contemplaciones. Cuando se tiene delante un hombre de la talla de Santana, los titubeos, las indecisiones, las resoluciones a medias y tardías como la del 9 de junio, pierden sin remedio. Había que pegarle fuerte en la cabeza o resignarse de antemano a la inevitable derrota. A lo primero se oponía, sin duda, la ingénita nobleza de sus almas, sus ideas de moderación inficionadas de un girondinismo pueril e ilusorio en aquella hora de crisis suprema. Como en la lucha biológica, los más fuertes, los mejor constituidos, los más adaptables al medio, obtuvieron prontamente la victoria. El triunfo del santanismo fue completo y ha resultado definitivo. El febrerismo, esto es, la constitución de un gobierno libre fundamentado en el derecho, sin caciquismos ni ciertas limitaciones vergonzosas de soberanía, ha reaparecido, brevemente, en dos o tres ocasiones de nuestra vida nacional; ha sido como brillante meteoro que ha cruzado ante nuestros ojos deslumbrados para hundirse presto en las insondables negruras del espacio. En cambio, el santanismo, es decir, el autoritarismo personal, rígido y asfixiante, que caracteriza toda la política absorbente de Santana, practicado después de él por casi todos nuestros gobernantes, atenuado en unos y hacerbado en otros, parece tener raigambre inextricable y profunda en nuestro organismo nacional. Ha sido la ninfa Egeria de todos nuestros caudillos de escaso caletre, fuerte brazo y larga tizona. Ayudado poderosamente por la favorable disposición del medio, el santanismo ha creado una atmósfera mefítica en la cual respiramos todavía.

La posteridad, imparcial y serena, exenta de mezquindades y rencores, ha hecho cumplida justicia a los febreristas. Sobre sus cabezas juveniles, santificadas por el martirio, refule un nimbo de gloria inmaculada e imperecedera. Ni una gota de sangre mancha la albura de su veste de patricios austeros y abnegados, dignos de haber vivido en los mejores tiempos de la república romana. ¡La musa de la Historia entona en su



loor el canto elegíaco que evoca la doliente remembranza de sus esperanzas mutiladas, de sus ensueños gloriosos desvanecidos, de sus angustias infinitas! El ideal de una patria libre y próspera se adhiere tan estrechamente a sus almas, que parece como túnica inconsútil que sólo se desprenderá de ellos en el sepulcro. Así viven. Así mueren. De sus tres más sobresalientes representantes, Duarte, el primero en la propaganda y en la organización revolucionarias, se extingue lentamente en larguísimo exilio, abrumado por indecible nostalgia, y sin que la visión de la patria ensangrentada por las luchas civiles se aparte ni un solo minuto de sus ojos; Sánchez, abnegado y resuelto, encabeza la protesta armada contra el error monstruoso del 18 de marzo, y recibe la descarga asesina envuelto en la enseña que hizo flamear victoriosa en el baluarte de El Conde; y Mella, el Aquiles del grupo, en medio del estruendo de la guerra restauradora, en su lecho de enfermo, en la agonía, pide que ciñan su cuerpo exangüe con la bandera de Febrero ¡para que le sirva también de gloriosa mortaja!





MELLA EN SANTIAGO

Mella tiene a su cargo la comandancia general de los departamentos de El Cibao, y desde ese elevado puesto su mirada escudriñadora empieza a advertir el peligro, contempla los densos nublados que van amontonándose en el horizonte del sur. En su ánimo entero no abre camino el desaliento. Desde hace algunos días viene observando que la atmósfera se enrarece, que en torno suyo como que se maquina algo oscuro, que ya muchos, entre ellos algunos oficiales superiores, no se recatan para expresarse acerca de la Junta Central en términos hirientes o despectivos. Principian a germinar las inquietudes y las desconfianzas. Los mismos miembros de la Delegación van resultando sospechosos, e incontinentemente pide a la Junta los releve. Se celebran reuniones clandestinas y se oyen propósitos inconvenientes. El lento y metódico trabajo del reaccionarismo gana terreno: tiene ya ocultas y extensas ramificaciones en todo el territorio cibaeno. Es a modo de tela de araña cuyos hilos van lentamente prolongándose. Desde la capital y desde el campamento de Baní parten con frecuencia mensajeros secretos que traen y llevan la correspondencia en que se atan los cabos de la intriga que se urde en la sombra. Lo que más preocupa a Mella y en ocasiones lo indigna, es el creciente auge, el notorio ascendiente que empieza a tener el nombre de Santana en la misma tropa cibaena y aun en buena parte del pueblo. Se pronuncia con simpatía, resuena como el de un guerrero invicto, único capaz por la pujanza de su brazo



y la indoblegable fortaleza de su espíritu de servir de insuperable valladar a las invasiones haitianas. Su energía y valor se loan incesantemente. Se cuentan de él cosas propias de un héroe de epopeya. Ya muchos lo consideran como el hombre providencial que a veces surge en las horas críticas de la historia de un pueblo. Alrededor de su naciente gloria principia a tejerse la leyenda; leyenda áurea formada de conversaciones de cuartel, de hechos y dichos del personaje ensalzado, falsos la mayor parte, pero que la ciega credulidad popular acepta como verdaderos artículos de fe.

Contra esta errónea orientación de gran parte de la opinión, Mella se siente desarmado. Pero el intrépido febrerista no es hombre de dejarse arrastrar sin resistencia por la corriente impetuosa que amenaza tragarse la obra que vincula tantos esfuerzos y tantas patrióticas aspiraciones. Sorteará animosamente sus remolinos para buscar asidero firme y sólido, no importa dónde. Con su golpe de vista perspicaz y certero, comprende que hay que proceder y pronto; que, en ciertos minutos, sin pararse en barras, precisa anticiparse al adversario y arrostrar el lance, llegando sin miedo hasta las últimas consecuencias si es preciso. En la política radicalmente personalista que impera en muchas de estas sedicentes repúblicas, si se quiere triunfar hay que resolverse a tiempo, usar las mismas armas del contrario, jugar sin vacilaciones el todo por el todo, destruir si es posible al adversario antes que éste cobre la fuerza suficiente y nos aplaste. Esa es la triste enseñanza que se desprende de los hechos que a la consideración del observador suministra diariamente el régimen personalista que ha imperado y aún impera en no escasa parte de la América Latina. No de otro modo, para adueñarse del poder, han procedido los aventureros políticos que a manera de aves de rapiña han hundido y aún hunden su corvo pico en el cuerpo agarrotado de estas asendereadas nacionalidades. Lo mejor es apartarse de ese juego peligroso en que se arriesgan de continuo la libertad y la vida, pero ya uno en él comprometido y obligado a



permanecer; pensar de otra manera, confiar en la moderación y en la generosidad del vencedor, es casi siempre engañarse a sabiendas, declararse de antemano derrotado. Y la derrota, en estos casos, es el camino que lleva a la proscripción y al patíbulo. Los partidos políticos, en su pugna por el poder, no tienen lógica ni entrañas. Tontería supina sería esperar eso de ellos. El plan concebido por Mella era lo mejor, lo único que, bien secundado, naturalmente, tenía en aquellos momentos angustiosos algunas probabilidades de éxito y cabía en el marco de las circunstancias.

Puesto que los contrarios quieren imponer a Santana *à outrance*, fuerza es oponerles un hombre de talla eminente, de patriotismo intachable, de mayor prestigio moral y que mejor que el jefe del Ejército del Sur encarne en su persona el sacro ideal de la independencia nacional. Ahí está Duarte para eso. Nadie con más títulos que este austero republicano para ser encumbrado a la primera Magistratura del Estado. Hay, pues, que proclamarlo Presidente, y cuanto antes mejor. Duarte acaba de salir de la capital en misión de la Junta Central, y urge aprovechar los instantes para que todo esté listo a su llegada a Santiago. Decidido ya a dar aquel paso trascendental, muévase Mella en el sentido de conciliar intereses, de acordar voluntades, de asegurar la cooperación, lo que no era difícil en los hombres de arraigada posición social de El Cibao, en primer término los de La Vega.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



LA VEGA

La Vega se asienta, altiva y majestuosa, al pie de las colinas cubiertas de pinares enhiestos que forman por esa parte los primeros escalones de la hilera central, agrupación orográfica imponente en que irguen sus cimas cubiertas de nubes los más elevados montes del núcleo antillano. A sus pies, sosegado y pintoresco, corre su río, que parece rodearla, como si quisiera mantenerla estrechada en perenne y amoroso abrazo. Y casi por todos lados, hasta perderse, en los confines brumosos del horizonte lejano, se dilata ante ella la llanura ubérrima, el inmenso valle que abarca la porción más próspera y poblada de las vastas y ricas comarcas cibañas. De sus albas radiosas y de sus espléndidas puestas de sol fluye una poesía solemne, a veces suavemente melancólica. Mensajera de salud, la brisa que con frecuencia la acaricia viene cargada de las emanaciones resinosas de los cercanos pinares, y en las tardes límpidas y serenas, a la hora en que empieza a apagarse el incendio del poniente, el apacible y eterno murmullo que sube de su río semeja el himno que rememora melancólicas tradiciones de la extinta raza aborígen, remembranzas de la ciudad tranquila e indolente de tiempos ya lejanos, y fulguraciones épicas de sus hechos gloriosos.

Su origen histórico tiene íntima conexión con el Gran Almirante. Como un nuevo y temible jalón puesto en su marcha conquistadora, fundó Colón en dominios del cacique Guarionex el fuerte de la Concepción, y alrededor de este,



como buscando su égida protectora, fuéronse agrupando las viviendas hasta constituir la renombrada ciudad que poco después destruyó de cuajo violenta convulsión sísmica. Algunos de los sobrevivientes de la catástrofe se corrieron hacia el sur, lugar en que estaba emplazada una ermita, y junto a ésta fue lenta y penosamente floreciendo la ciudad actual, que durante más de dos centurias, arrastró existencia lánguida y perezosa, sumida en enervante indolencia, sin experimentar fuertes emociones, satisfecha con su vida puramente vegetativa, amenizada con frecuencia por lucidas celebraciones de fiestas religiosas y por diversiones sencillas e inocentes.

En esa agradable somnolencia la sorprendió el siglo pasado, tan fecundo en hechos resonantes y decisivos para la antigua Española. Su despertar fue rudo y trágico. Por sus calles pasó, huracán de sangre, la negra y monstruosa representación viviente y macábrica de horrores apocalípticos, la horda feroz que rota y maltrecha ante los muros de la capital, en su vergonzosa retirada, exasperada por la derrota, se ven-gaba pillando e incendiando poblaciones inermes, sin medios ningunos de defensa. Casi todos sus moradores fueron arrastrados por la ola devastadora, y en horrible mezcla con cerdos y animales de cargas, llevados a las gemonías haitianas, o a servir de esclavos a Cristóbal, el cruel y grotesco rey de melodrama. Poco después, Sánchez Ramírez, el esforzado cotuisano, impulsado por un sentimentalismo atávico, buscó y encontró en ella leales colaboradores para su obra reconquistadora, ingente y equivocado empeño de un alma llena de encendido amor por las viejas tradiciones españolas. El gobierno de Ferrand, fue, sin disputa, infinitamente más culto y civilizador que el de la España Boba. Por causas que fácilmente se explican por ser el hecho de índole local peculiarísima, se contempló en esos días el curioso espectáculo de que mientras desde el antiguo imperio azteca hasta los límites extremos de este continente se comenzaba la lucha emancipadora de España, en Santo Domingo se combatía



bravamente por la reincorporación a la vieja metrópoli, que hacía algunos años había cedido el país a Francia como se cede una cosa que ya no tiene para su dueño valor ni importancia. Obra inspirada por un sentimiento de puro tradicionalismo, la revolución reconquistadora representa, para quien serenamente la estudia, un paso hacia atrás, un salto regresivo de funestas consecuencias. La administración de la España Boba, tocada de asombrosa inercia, estacionaria y rutinaria hasta lo increíble, sólo sirvió para destruir los gérmenes reestructurativos y civilizadores que esparció con mano pródiga la efímera dominación francesa. En semejante terreno era imposible que se consolidase la obra noble y prematura del ilustre Núñez de Cáceres. Esta resultó ¡ironía cruel del destino! como el puente fabricado para pasar fácilmente de la España Boba, vegetativa y nirvánica, a la férrea y ominosa dominación haitiana.

Las aclamaciones de El Conde resonaron también con entusiasmo en La Vega. Los febreristas encontraron en ella un pueblo en un todo dispuesto a ayudarlos cumplidamente en su grandioso propósito. En La Vega lució hecha por sus hijas, las señoritas Villa, la primera bandera nacional que flameó en El Cibao. Comandados por su bizarro coronel Toribio Ramírez los veganos contribuyeron grandemente a la espléndida victoria del 30 de marzo. De paso para Santiago, tuvo en La Vega entusiasta acogida el egregio fundador de La Trinitaria. Los contingentes de tropa enviados por ella se distinguieron de manera brillante en Beller y en Sabana Larga. En los comienzos de la guerra por la restauración de la República, en los días en que Santiago se preparaba a convertirse en inmensa pira para servir de holocausto propicio a la causa nacional, un grupo de veganos, en su mayoría desarmados, asaltó en la noche del 27 de agosto la veterana guarnición española de la plaza, siendo rudamente rechazado. El más arrojado de ellos, Basilio Gil, al abalanzarse sobre un cañón, murió en el trance cosido a bayonetazos.



La guerra civil purpuró después a menudo sus calles. Ha estado siempre de parte de todas las causas nobles y justas. Defendió con tenacidad y heroísmo la administración del insigne patricio Ulises F. Espaillat y figuró en primera línea en la protesta armada por el falseamiento de las elecciones presidenciales de 1886. Desde hace tiempo sus energías se encauzan para fines de mejoramiento general, exclusivamente entregada a las luchas ennoblecedoras y fecundas del trabajo. Por medio de éste ha ensanchado y transformado ventajosamente su caerío; ha operado un sorprendente cambio en muchos de sus aspectos sociales, y va caminando, lenta pero sólidamente, a la conquista de un envidiable grado de racional y efectivo progreso.



LA VEGA DE ENTONCES

En la época en que principia este relato, hace casi exactamente sesentaicuatro años, era muy reducida, algo menos de la mitad de la actual, la zona que ocupaba el caserío de La Vega. Esta era una extensa aldea con honores de ciudad. Con excepción de una, todas las casas estaban fabricadas con maderas criollas y techadas de yaguas. En el centro de la plaza principal, vasto cuadrilátero hoy convertido en precioso parque de recreo, se alzaba el altar de la patria, reducido cuadro de mampostería de poca elevación en el cual habían plantado los haitianos la palma de la libertad. La tradición asegura que debajo de ese altar había dispuesto –lo que fue cumplido– que enterrasen su corazón el general Placide Lebrum, primer gobernador haitiano de La Vega. En el lado occidental de esa plaza había una casa de mampostería con ventanas de rejas de hierro recientemente reedificada, y en la parte opuesta, frente a ella, se erguían aún, como restos salvados de un naufragio, pedazos de paredes, después aprovechados para nuevas construcciones, que eran lo único que quedaba en pie de la casa de gobierno construida en la época haitiana, el famoso Palacio de sangre, completamente destruido por el terrible terremoto ocurrido hacía dos años. La iglesia era también un montón de ruinas. En la vasta y silenciosa plaza, casi toda alfombrada de verde césped, había sitios donde, a causa del desnivel del terreno, se formaban grandes charcos parecidos a verdaderas lagunas, cada vez que llovía copiosamente.



Y hacia arriba, por la parte oriental, casi a partir de la actual calle de Colón, todo el gran espacio que va hasta más allá de la estación del ferrocarril yacía casi enteramente despoblado y lleno de tupidos guayabales donde la chiquillería se entregaba con frecuencia a toda suerte de juegos y travesuras. Dos o tres grandes árboles, bastante distanciados uno de otro, interrumpían con la frondosidad de su ramaje la monotonía de aquella sabana de perenne verdura. Por ese mismo lado, tirando al sur, se dilataba una ancha y profunda laguna surcada a menudo por rústicas canoas, en la actualidad completamente cegada, y ocupado su antiguo emplazamiento por numerosas construcciones urbanas. Algunos bohíos, aquí y allá, ponían la nota gris de su aspecto vetusto en aquel vasto espacio de terreno donde actualmente se extiende la porción de la ciudad más comercial y próspera.

No había por aquel entonces otro alumbrado que el intermitente debido al poético satélite terrestre. Exceptuando las noches en que las calles siempre tapizadas de menuda hierba recibían la suave caricia de la claridad lunar, nada, a no ser la débil luz que salía del interior de las casas o la de los hachos de cuaba con que se alumbraban algunos transeúntes, interrumpía la densa oscuridad reinante, aprovechada solo por empedernidos trasnochadores a caza de faldas o aficionados a tirar de la oreja a Jorge. Esta oscuridad hacía que la casi totalidad del vecindario, salvo en ocasiones solemnes, se acostase a las nueve o antes, la hora de ritual, algo parecido al toque de queda estilado en las plazas fuertes y de tan solemne resonancia en la vida uniforme de ciertas ciudades medievales. El capítulo de distracciones, como es de suponer, era bastante reducido. Las concurridas riñas de gallos entonces en todo su apogeo, las excursiones a caballo a campos cercanos casi siempre con motivo de alguna boda o a las fiestas de la Virgen de las Mercedes que se celebraban con mucha animación en el Santo Cerro, los nueve días de fiestas patronales, y uno que otro baile que de higos a brevas llevaba a cabo la juventud y aun algunos



que a ella no pertenecían, con la música que se pedía oportunamente a la vecina ciudad de Santiago, formaban todo el repertorio de expansiones del vecindario. No escaseaban, tampoco, las reuniones de íntimos en que se hacían los honores a succulentos sancochos de gallina, se charlaba hasta por los codos y resonaban a menudo las notas acompasadas del cuatro y la guitarra.

Era en todo y por todo una ciudad sencilla y tranquila, de ambiente más campesino que urbano, de costumbres sanas, de hábitos «un si es no es» primitivos, sin horizontes, sin vigorosos sacudimientos, en la que cualquier suceso local de tinta más o menos escandaloso, como una alcaldada o un hurto de cierta importancia, un adulterio consumado o en ciernes o el rapto de alguna garrida muchacha del campo, formaban, por su rareza, el obligado tema de permanentes decires y comentarios manteniendo en tensión extremada la curiosidad del vecindario hasta que el hecho palpitante era relegado al olvido por otro igual o parecido. Imperaba por lo demás viva y sincera cordialidad en todas las relaciones de las diferentes clases sociales, cosa que felizmente puede constatarse hoy mismo. Nadie se ocupaba en sembrar la cizaña entre vecinos siempre unidos por estrecho vínculo de confraternidad, no obstante las inevitables diferencias de jerarquía social que los distanciaban hasta cierto punto. Ni aún el personalismo político, intolerantísimo de suyo, que ha privado siempre en el país, ha podido, con ser disolvente de tanta potencia, hacer prosperar gérmenes de desunión en la sociedad vegana, abriendo abismos de rencor u odio entre sus componentes como ha resultado en otras partes.

En la extremidad oriental de la población, no lejos de la laguna que existía por aquel lado y muy cerca del mercado nuevo, estaba el bohío en que vivía José Rufino o Rufinito que es el nombre con que desde hace muchos años se designa generalmente al protagonista de este verídico relato.*

*Véanse las notas correspondientes al final del libro.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



LOS DONES

En esa ciudad de ambiente tan apacible y tan apegada a sus hábitos rutinarios, herencia secular de que ha ido lentamente desprendiéndose en tiempos recientes, se explica con facilidad que, como sucedía, un corto grupo de individuos colocado en la cumbre social, la flor y nata de la población, como quien dice, ejerciese una especie de hegemonía local, una autoridad sin base legal de ninguna especie, una suprema dirección moral, nacida del consentimiento espontáneo y unánime de todos, sancionada por la costumbre y afianzada por numerosas e influyentes relaciones de familia. Se aceptaba esa dirección de mil amores, sin reparos ni discusiones. A esos individuos se les llamaba por antonomasia los Dones y muchos del pueblo bajo les decían los cocotuces. Su número era bastante exiguo, siete u ocho a mucho contar. Su indiscutible influencia, beneficiosa por lo general, la debían, no sólo al prestigio acumulado por los años en las honorables familias a que pertenecían y a su acomodada posición social, sino muy principalmente a la tintura de cosas de leyes y de medicina que poseían dos o tres de ellos, y que, sin hacerse de rogar, ponían las más veces desinteresadamente al servicio de sus compueblanos. En aquellos días estaban en toda la fuerza de la juventud; eran decidores y campechanos y casi todos aficionados a bromear y a divertirse de lo lindo. No faltaban a ningún baile, parranda, boda o velorio, y en las noches oscuras y lluviosas acostumbraban salir a sus cotidianas visitas bien encapotados y llevando siempre debajo del brazo el sable



o la larga espada de cazoleta, pues eran también muy diestros en dares y tomars de cosas de esgrima. Se les consideraba, respetaba y quería. Formaban, por todos conceptos, lo más granado y saliente de aquella rudimentaria agrupación social, en la cual no habían todavía echado raíces los egoísmos y ambiciones que genera la acción siempre perturbadora del politiquero, que ofrece continuamente fáciles peldaños para ascender a la cima no ciertamente a los más capaces y merecedores, sino a los más topos, bravucones y exentos de escrúpulos.

Durante la ocupación haitiana en que fue menester a mucha gente de valimiento, para no incurrir en persecuciones y atropellos, contemporizar hasta cierto punto con los intrusos dominadores, la mayor parte de los Dones se mantuvo en prudente alejamiento, lamentando en conversaciones íntimas las desdichas que, como las plagas de la leyenda egipcia, caían sobre el infortunado país, y haciendo votos fervientes y repetidos para que cuanto antes se llevase el diablo un orden de cosas tan humillante y tiránico. La venida a El Cibao de Juan Evangelista Jiménez, el ardoroso patriota, fue para ellos como la de un Mesías larga y ansiosamente esperado. El audaz y fervoroso propagador de las ideas separatistas los contagió con su hondo e impetuoso entusiasmo. Prendió en sus espíritus el fuego anunciador de próximas e inevitables redenciones. Los confortó y vigorizó para la lucha que se avecinaba. No faltó uno que otro pesimista o tímido; pero el momento no era favorable para que prosperasen augurios siniestros. En aquel ambiente de cálido patriotismo se empequeñecía hasta esfumarse, falto de pábulo, cuando se enderezaba a separarse de las esperanzas que, a manera de visiones luminosas, contemplaba cada cual en cercanos horizontes. Data de ahí la correspondencia mantenida por dos o tres de los Dones con los principales trinitarios, y su conocimiento de la marcha de los trabajos separatistas, circunstancia que en gran parte determinó la cariñosa adhesión de algunos de ellos a los hombres del 27 de Febrero. Constituida en ese memorable día la nacionalidad dominicana, se dejaron llevar,



claro está, por la corriente de sus simpatías, y, ya en el terreno de la política partidarista, bien es verdad que sin exagerado alarde, hicieron causa común con los principales factores de aquel magno acontecimiento. Ellos, o la mayoría de ellos, veían en Duarte la figura principal, el prestigio más alto, el símbolo viviente y radiante de la recién conquistada independencia. Como las comunicaciones con la capital eran bastante escasas y sus mismos amigos políticos no les decían toda la verdad sin duda para no alarmarlos prematuramente, sólo conocían una parte insignificante, la más visible de los manejos reaccionarios que tenían su centro en la capital y sus más estrechas ramificaciones en los cantones del sur, viviendo por eso en la cándida convicción de que todo el país o poco menos pensaba como ellos, y que nadie discutiría seriamente a los febreristas su legítimo derecho a continuar al frente del gobierno para organizar y consolidar convenientemente la hacía poco instaurada República.

No tuvo, pues, Mella que esforzarse mucho para hacer entrar a los Dones en el plan que tenía entre manos. En ellos encontró, desde el primer momento, materia dispuesta para ayudarlo con eficacia. No hubo divergencia entre los Dones respecto de lo que proyectaba Mella, y si las hubo, éstas no salieron a la superficie ni se tradujeron en actos más o menos visibles, bien es verdad que tenían la especial recomendación de aquel caudillo de no decir ni jota del asunto a nadie mientras Duarte, que acababa de salir de la capital, no efectuase su entrada a Santiago. El propósito de elevar al solio presidencial a Duarte tuvo en ellos excelente acogida, máxime cuando ninguno contaba con la huésped, es decir, con que aquel paso que se creía en el fondo justo y patriótico iba a producir en un porvenir que ya se tocaba con la mano inesperadas y funestas consecuencias. Ignorando muchas graves intrigas que sólo unos pocos conocían con todos sus pelos y señales, los prohombres veganos, engañados por su buena fe de políticos noveles, creían a puño cerrado que Santana y los suyos acatarían mansamente el hecho consumado, apresurándose a prestar obediencia al nuevo gobierno.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



RUFINITO

Quien ciertamente no se equivocaba era Rufinito. Mulato oscuro, con algo más de cuarenta años, fornido, rechoncho, de cara vulgar como abotagada por el uso de licores fuertes y en la que lucían sus ojos sin expresión perpetuamente soñolientos, con cierto empaque de hombre de ciudad y con mucho de la rusticidad de la gente de campo. Era Rufinito un tipo curioso, original hasta cierto punto, que por algunas singularidades personales había ido adquiriendo una popularidad de baja estofa que constituía su timbre máspreciado de orgullo. Con frecuencia estaba a medios pelos o cosa parecida, aunque sólo en ocasiones muy sonadas, sea dicho en homenaje a la verdad, se achispaba en toda regla atiborrándose de aguardiente hasta perder enteramente la cabeza. Vivía en un bohío situado en el límite oriental de la ciudad en compañía de su mujer, quien continuamente lo sermoneaba para que abandonase los tragos que a juicio de ella iban a darle el día menos esperado un mal rato. Levantábase muy de madrugada para ordeñar unas vacas que tenía en una estancita cercana que estaba a su cargo, en la que, a ratos, en las primeras horas de la mañana, cultivaba algunos frutos menores con cuyo producto y el de la leche de las vacas vivían él y su costilla sin grandes privaciones. Cuando iba al campo a sus quehaceres cotidianos lo mismo que cuando brujuleaba por las calles del pueblo, lo hacía casi siempre descalzo, vistiendo pantalón y camisa de burdo lienzo, sin sombrero, con sólo un pañuelo de colores llamativos bien anudado



alrededor de su ancha cabeza. Concurría a todos los velorios donde era muy útil agenciando cosas que faltaban y practicando diligencias propias del caso. Era entusiasta cofrade de la hermandad del Espíritu Santo, y así tan pronto, al acercarse las Pascuas, se oían los clásicos y atronadores atabales, corría desalado al lugar de reunión en que sonaban aquellos rústicos y monótonos instrumentos, contribuyendo grandemente a aumentar el bullicio y a agotar la abundante provisión de cosas de comer y de beber acumulada para el mayor auge y esplendor de tales diversiones, de las que aún se conservan restos vergonzantes que van en camino de su completa desaparición.

Pero nada de eso habría bastado a dar a Rufinito el relieve personal que más lo distinguía. Este estribaba en cosa de superior importancia. Su peculiaridad más resaltante consistía en una insaciable curiosidad que lo llevaba a escudriñar todo, a husmear cuanto tenía relación con sucesos locales, insignificantes o de algún calibre, por más que éstos nada absolutamente tuvieran que ver con su personilla y por consiguiente no debieran importarle un bledo. En la Alcaldía, en las procesiones, a las salidas de misa, en los velorios, en los juegos de gallos, en corrillos de esquina o de taberna, estaba siempre todo vuelto oídos, recogiendo frases al vuelo, atando cabos de conversación, presto a meter muchas veces la cuchara si los circunstantes eran de su clase y en ocasiones aunque no lo fueran. Y lo que oía lo repetía más adelante, exagerado o modificado a su sabor. Al principio, es claro, incomodó muchísimo, cayó en poca gracia esta especie de permanente espionaje; pero a la larga se fue imponiendo la tenacidad a toda prueba de Rufinito, en quien hacían poca o ninguna mella las muestras de disgusto que con ese motivo se le prodigaban continuamente. Por la misma insignificancia del personaje fueron todos acostumbrándose a no hacerle caso ni a preocuparse nada por su presencia. Cosas de borracho, se decía, y todos departían delante de él como pudieran hacerlo ante una pared o ante un poste.



No era, sin embargo, tan lerdo y desprovisto de enjundia mental como aparecía o como aparentaba. Bajo su corteza de pobre diablo, de perpetuo adorador de Baco, circulaba la savia de cierto talento natural que para muchos pasaba inadvertido, pero que se revelaba en cierta facilidad de expresión, en una verbosidad plástica, a ratos pintoresca, con que sorprendía a sus oyentes, particularmente, cuando, tras copiosas libaciones, estaba en vena, lo que sólo le ocurría en días festivos muy solemnes. Muchas palabras de su especial vocabulario eran debidas a su habitual propensión a escuchar atentamente lo que hablaban los demás, sobre todo cuando estos, como sucedía con harta frecuencia, eran personas de rango social muy superior al suyo. Bajo la dominación haitiana vivió siempre inconforme, echando pestes contra los malditos mañeses a quienes detestaba con todas las fuerzas de su alma. El hecho del 27 de Febrero y la calurosa adhesión de La Vega al movimiento separatista lo colmaron de íntima satisfacción y de todas veras se interesó por el triunfo de la causa nacional. Más tarde, acentuada la división entre Santana y los febreristas, instintivamente, sin darse cuenta, impulsado por indomeñable fuerza de simpatía, se ladeó Rufinito hacia Santana, el hombre que su fe sencilla le hacía ver como el escogido por la divina providencia –era su frase favorita–, para librar al país de los odiados enemigos de occidente. Santana, para él, atesoraba todas las perfecciones imaginables. Era el único hombre de guerra que tenía el país, el único general de verdad; los otros eran solamente de pega. Sus contrarios, los filorios, no servían para nada. Eran sólo muchachos buenos para cosas de pluma, meros escribidores, verdaderos chivitos al lado de Santana, y que, sin embargo, querían trastornarlo todo estableciendo reformas peligrosas de que él no se daba cuenta y que maldita la falta que hacían. En su imaginación sobreexcitada, como entre esplendores de un cuadro bélico, surgía siempre Santana, jinete en brioso corcel, destrozando las huestes haitianas aterrorizadas por el brillo de su flamígera espada, con la



misma facilidad con que el ilustre paladín manchego alanceaba briosamente nutridos escuadrones de ovejas. Algunos recuerdos, viejos amigos de Rufinito, que venían del sur, acrecían su entusiasmo con el relato de cosas mayúsculas sobre Santana que él creía a pie juntillas, repitiéndolas después, exageradas, con fervor y convicción de neófito, sobre todo, cuando, tras de apurar algunos tragos en compañía de tipos de su laya, sentía la imperiosa necesidad de expansionarse, de dar libertad a lo que le rumiaba por dentro, de permitir completa soltura a la lengua. Porque lo que él decía:

— El general es el único que puede gobernarnos, el único, el único, sí señor. Los filorios no sirven, no van al pleito. Echaron a Santana de carná, pero les salió el tiro por la culata. El general es el único que no tiene miedo a nada ni a nadie. ¿Saben ustedes lo que pasó en Baní? Me lo contó ayer mi compadre Patricio Luna, el que llevó las cargas de cazabe y durmió en casa el sábado. Dice que una noche visitando el general los cuerpos de guardia se topó con un gran desorden entre algunos de la tropa por una mala jugada de un tercio de allí mismo. ¿Qué hizo? Se fue aproximando poco a poco sin que lo viesan, y de pronto, ¡zas! de un puñetazo echó a rodar uno por el suelo, y agarró a otro por el pescuezo atestándolo con un seto. Eran dos negrazos de San Cristóbal, grandes como dos montañas.

— ¿Y los demás, Rufinito, los demás qué hicieron?

— ¿Los demás? Hombre, los demás, chiquiticos, chiquiticos.



PSICOLOGÍA DE UN SANTANISTA

A medida que por un lento proceso de elaboración mental iba en la imaginación de Rufinito engrandeciéndose hasta tomar desmesurada proporciones la idea que se había formado de los méritos personales de Santana, como consecuencia lógica y precisa de ese trabajo del mecanismo cerebral, disminuía progresivamente achicándose hasta casi desvanecerse el alto concepto en que siempre había tenido a los Dones, el respetuoso afecto con que constantemente había mirado a aquellos hombres que todos consideraban como superiores. Empezaba a ver en ellos, no a los cariñosos mentores a quienes era de costumbre consultar en todo, sino a enemigos temibles, adversarios peligrosos, que no se recataban para expresarse en términos hirientes y despreciativos respecto del caudillo oriental, y para testimoniar a toda hora su entusiástica admiración por los que ya fungían de contrarios encarnizados del hombre que vinculaba todas sus simpatías. El fanatismo político, intolerante y feroz, produce con frecuencia, en todas partes, estas curiosas transformaciones. Amigos íntimos de ayer, se contemplan al día siguiente, ceñudo el semblante, hosca y amenazante la mirada, como si fueran enemigos irreconciliables de largos años y como si ante ellos se interpusieran hondos abismos haciendo imposible toda cordial aproximación. Como todo sentimiento o pasión que se desborda fuera del cauce de la voluntad regida por la razón, el fanatismo político produce aun en cerebros coherentes, de regular y correcto funcionamiento, trastornos



y desequilibrios que se exteriorizan en actos extraños y sorprendentes por ser producidos por quienes menos debía esperarse incurriesen en tales errores y aun desatinos. En cerebros escasamente cultivados, de mentalidad raquílica o embrionaria, rebosantes de preocupaciones y de modos de pensar generados por ideas tradicionales, como el de Rufinito, la pasión política prende con vigor como planta venenosa que absorbe los mejores jugos vitales; y determina, en ciertos hombres, siguiendo las oscuras sinuosidades de una voluntad estrecha de sectario ya sin freno regulador posible, una serie de acciones de incalculable trascendencia y de que se les hubiera creído absolutamente incapaces.

Así sucedía con Rufinito. Nadie que socialmente valiera o representara algo, había hasta entonces, ni aun algún tiempo después, tomado por lo serio el idolátrico santanismo de que alardeaba a todo momento. Para casi todo el mundo era sencillamente una nota cómica, nueva y original, añadida a las otras que formaban el capítulo de singularidades de este personaje. Sus dicharachos parecían perderse completamente en el vacío. No sucedía así, sin embargo. En su auditorio habitual, entre sus connilitones, gente toda de su clase con menos lastre mental que él, empezaba a influenciar voluntades, a crear una atmósfera favorable a Santana, sin consistencia ni importancia en su primera fase de desenvolvimiento; pero que más tarde, favorecida por las circunstancias, iba a ayudar poderosamente al éxito del reaccionarismo en La Vega. Como sabían todo lo que ocurría en el pueblo, no ignoraban los Dones las chácharas de Rufinito, pero lo miraban desde muy alto, se consideraban muy elevados para parar mientes en tales fruslerías. Rufinito ha sido y continúa siendo para ellos un borrachín, un infeliz pobre diablo, digno sólo de protección y a quien están habituados a oír como quien oye llover, salvo en los instantes en que los hace reír con sus salidas inesperadas. Por eso los dichos de Rufinito en apología de Santana en vez de inquietarlos, les producen frecuentes accesos de hilaridad. Cuando en la pulpería del pueblo arriba donde todas las tardes forman su tertulia, ven llegar a Rufinito que viene como de costumbre a tomar un trago y a



tenderse sobre un serón para echar un rato de siesta, lo acogen con placer y se entregan a burlas y chacotas, algunos de color subido, sobre las ideas políticas del insignificante tipo, quien se acurruca en el serón, se hace el bobo, aguanta sin encolerizarse el aguacero de burlas, y aun aparece no prestando importancia a lo que se le dice, como si se tratara de otro o de cosas que en el fondo no le interesaran por ningún concepto. Cuando las preguntas o las bromas son demasiado insistentes, desvía la atención largando una pulla o una frase oportuna, que las carcajadas de los presentes corean con estrépito. «¡Qué cosas tiene Rufinito», dicen unos! «Con turpenes como ese ya está aviado Santana», dicen otros.

La pasión política empieza a despertar fuertemente facultades que yacían aletargadas en el alma de Rufinito. De improviso o poco menos se revela polizonte ducho, dotado de rara habilidad para una vigilancia tenaz, incesante, que se mantiene en asecho sin darse un instante de tregua ni reposo. Como sabueso de fina raza, ha olfateado una pista, y sigue, sigue incansable tras ella. Conoce ya al dedillo lo que va a pasar en Santiago y los elementos con que cuenta Mella para dar el golpe. Para eso sólo se espera la próxima llegada de Duarte, quien no sabía una palabra de lo que proyectan sus amigos hasta después que se encuentre en Santiago. Larvas informes, indecisas, sin contornos definidos, las suspicacias y los recelos primero, los rencores después, van acentuándose, tomando cuerpo preciso en su alma hasta ayer poco agitada por el flujo y reflujo de las mentiras y mezquindades de la vida. Pronto clavará en ella el odio su oriflama roja. En esos hombres hasta ayer tan agasajados y reverenciados por él no ve, no puede ver individuos que, como él mismo, tienen una opinión o una preferencia personal, sino enemigos mortales que hay que suprimir a todo trance. Y así, sin percatarse de ello, paso a paso, por recóndito trabajo cerebral, se convierte de impertérrito curioso que empalaga primero y que divierte a lo último, en espion político que agota todas sus artes marrulleras, toda su flexibilidad de campesino, para sorprender a sus enemigos y hundirlos en el momento oportuno.





DUARTE EN EL CIBAO

Provisto de amplias facultades, en comisión de alta confianza de la Junta Central, Duarte acaba de emprender su anunciado viaje a El Cibao. Las ciudades del tránsito se empavesan con banderas nacionales y vistosas colgaduras para recibirlo dignamente. Grupos numerosos de lucidos jinetes salen a encontrarlo. Familias distinguidas se disputan la honra de darle hospedaje. Manos delicadas de bellezas femeniles arrojan a su paso flores bellas y bien olientes. En su honor se encienden fogatas en las esquinas y se organizan diversos regocijos populares. En todo el trayecto, sólo encuentra manos cariñosas que estrechan su diestra, sólo escucha frases lisonjeras y alentadoras. En la expresión de todos los semblantes brilla el reflejo de un regocijo sincero, intensamente patriótico. Su noble corazón se ensancha. Su mirada esplende con el fulgor que delata vivas satisfacciones interiores. Trae un encargo de paz, de cordial unificación, de acercamiento de voluntades para que no se malogre el perenne objetivo de su vida, la República creada el 27 de febrero, y al contemplar tantas expresivas demostraciones de entusiasmo, al escuchar tanto patriotismo diluido en frases sonoras que aún vibran agradablemente en sus oídos, se forja la grata ilusión de que sus gestiones van a obtener el ambicionado galardón de un triunfo resonante, y se convence de que, contrario a lo que se le decía en la capital, los trabajos del reaccionarismo tienen poca consistencia y alcance en las comarcas cibaenas. Han cesado ya los ladridos de la jauría de



ideas pesimistas que lo perseguía. Como bandada de aves de negro plumaje, los pensamientos dolorosos que lo atormentaban, emprenden el vuelo, se pierden en lejanos horizontes. La esperanza torna a llenar su alma de vivo y patriótico alborozo.

La casa de las Villa donde se hospeda Duarte en La Vega rebosa de visitas. Es un entrar y salir incesante. Rufinito no ha perdido ni un solo detalle de la recepción ni de cuanto se ha dispuesto después en agasajo del amado caudillo. Durante los días que éste ha permanecido en La Vega, mañana y tarde se le ha visto, como a todo el mundo, entrando muchas veces a la casa, o de pie en la esquina inmediata mirando con sus ojos sin expresión, como aletado, hacia la puerta principal donde Duarte se asoma con frecuencia. Este ha notado por fin la continua presencia de aquel tipo, y, señalándolo con la mano, interroga a los que le rodean. Uno de los Dones que está a su lado cuenta con mucho gracejo, interrumpido a menudo por risas y exclamaciones, la vida y milagros de Rufinito. Todos ríen. Rufinito se acerca insensiblemente, y oye también. Otro de los presentes narra incidentes cómicos relacionados con el flamante santanismo de Rufinito. La hilaridad es general. Las carcajadas parecen interminables. Duarte mira con fijeza a Rufinito. Éste sostiene la mirada, y en sus labios de extraña lividez se dibuja una sonrisa o más bien una mueca que pone en su rostro abotagado no sé qué enigmática expresión de ídolo indio.

Horas después de su llegada a Santiago, Mella y con él algunos interesados en salvar la obra febrerista del naufragio que la amenaza, empiezan a quitarle la venda de los ojos informándole de cómo están las cosas en realidad y no como él las ha visto al través del cristal engañoso de entusiastas recepciones. El reaccionarismo ha ganado mucho terreno en El Cibao. Por entre las flores que han alfombrado su camino han circulado también áspides venenosos. Jefes con quienes se creía poder contar ciegamente han pactado en la sombra con los enemigos para secundar propósitos hostiles a los febreristas. La tempestad



se aproxima. Mella le ha dejado entrever, con frases algo veladas, poco explícitas, que hay que irse, sin más tardanza, por el camino de los actos decisivos, de las resoluciones supremas. Cuatro días después, un grupo de oficiales superiores y de gente de viso pone en sus manos el acta en que por medio de un pronunciamiento se le proclama Presidente de la República. Emoción de abrumadora intensidad embarga su ánimo. Su lealtad irreductible se indigna. Parece a punto de zozobrar en un piélagos de dudas torturantes, de penosas vacilaciones. Su conciencia, con impulsión imperiosa, le pone de manifiesto la resaltante ilegalidad de aquel acto, que tal vez va a convertirlo en rebelde vulgar, en criminal faccioso. Su clara apreciación de la realidad circunstante, su conocimiento del riesgo que corre su obra, su vehemente deseo de no ver instaurado el fatal régimen personalista que por todas partes descubre su perfil siniestro, en cambio como que le indican la urgente, la incontrastable necesidad de plegarse a las circunstancias y de aceptar el nombramiento que espontáneamente se le discierne. Pero no acepta sino a medias. Sólo cuando los sufragios de la mayoría del país lo confirmen en ese alto puesto. De ahí se origina una situación indecisa, sin contornos precisos, inestable, preñada de peligros, siempre funesta en política, que seguramente beneficiará a los contrarios, más audaces y menos dispuestos a pararse en puntos de escrúpulos legales.

Duarte seguirá en breve viaje para Puerto Plata presa el ánimo de siniestros presentimientos. En lo adelante, hasta que se extinga la llama que alimenta su generoso espíritu, su mirada entristecida abarcará sólo perspectivas grises, lontananzas sombreadas por acerbos desencantos. Fulminado por implacable destino como el infortunado protagonista de la tragedia griega, irá por la vida, en permanente duelo, llevando sobre sus hombros fatigados la ponderosa carga de sus cuitas íntimas y de los indecibles dolores de la República oprimida y desangrada. Su carrera pública tiene toda la resplandeciente brevedad de un relámpago. Todo se ennegrece para él justamente



cuando toca la realidad de su ensueño. En un cuento oriental, un príncipe joven y hermoso, separado por artes maléficas de la elegida de su corazón, la cual reside allá lejos, muy lejos, detrás de montañas diademadas por nieves eternas, en un palacio de pórvido de incomparable magnificencia, despreciando amenazas, se decide a ir a buscarla para celebrar con ella las ansiadas bodas. Nada lo arredra. A fuerza de audacia ha vencido los innumerables obstáculos de todo género adrede hacinados en el camino. Detrás de él queda ya la selva inextricable e inmensa, temible guarida de tigres y leones. Sus ojos absortos contemplan ya el resplandeciente palacio. Por la fulgente escalinata desciende la novia para recibirlo en sus brazos, y en ese momento el genio de las tinieblas, conjurado por los espíritus malignos empeñados en que no se reúnan los dos amantes, por rápido y extraño maleficio, apaga la lumbre de los ojos del desdichado príncipe y lo sepulta en una noche muy negra sin estrellas y sin aurora. Así la doliente resonancia de la historia de este egregio patricio. Veinte años más tarde, surgirá, galvanizado y puesto en pie al grito de angustia de la Patria traicionada, entre el tumulto ensordecedor de la guerra restauradora, y cruzará un momento, fulgurante aparición, las ruinas todavía humeantes de Santiago para seguidamente tornar a sumergirse en las densas sombras de su interminable destierro.

Por sus prendas naturales, por su espíritu culto, sereno y bien equilibrado, por la austeridad de su conciencia, por su civismo sin máculas, por su insuperable desinterés, hubiera brillado con fulgores de astro y ejercido grande y duradero influjo en una república ordenada, tranquila, adscrita a la ley, cimentada en verdaderas prácticas democráticas. Su obra de propaganda y organización revolucionarias, de coordinación de voluntades para la realización de un empeño alto y definido, demuestra las relevantes condiciones que para ello poseía. Pero por su peculiar idiosincrasia y por su intachable civismo, no estaba ciertamente estructurado para las iniciativas rápidas

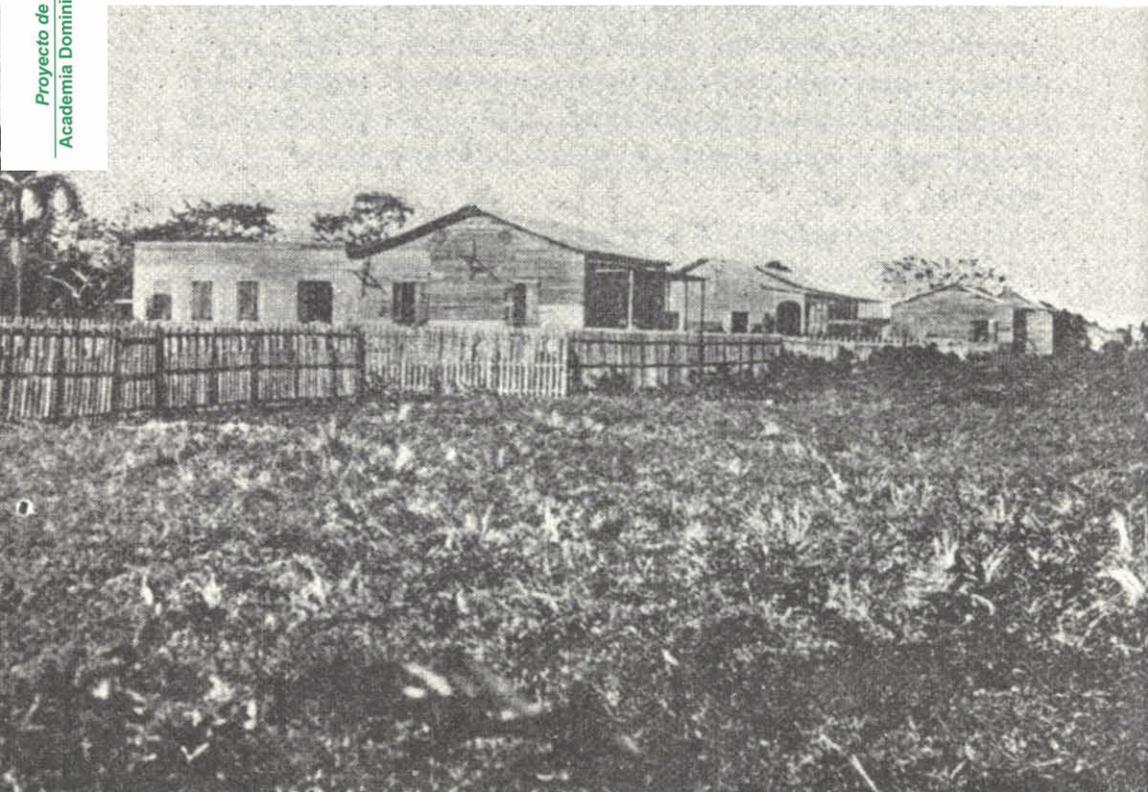


y salvadoras que deciden en un momento la suerte de un país; para, en horas supremas, imponerse a los demás y llevarlos con soberano empuje y mal de su grado si es preciso a destruir los reductos en que se parapeta el personalismo político. En ciertos momentos, los titubeos pierden, las vacilaciones llevan sin remisión a la ruina. Inmediatamente proclamado Duarte se imponía la necesidad de colocar a los jefes que se sabían ya comprometidos con el santanismo en situación de que les fuera imposible cumplir sus ofrecimientos hostiles, y la de darse a la carrera la mano con la Junta Central enviándole fuerzas fieles que impidiesen un golpe de mano contra ella. Compuesta la Junta en ese momento de elementos febreristas, era natural que asintiese a lo que se había hecho en Santiago por ser lo que estaba en consonancia con sus propios intereses. No podía vacilar un instante entre Duarte y Santana. No se hizo nada de eso. Se perdió lamentablemente un tiempo precioso. Persona que podía saberlo me dijo hace bastante tiempo que las vacilaciones de Duarte habían producido en Mella pésimo efecto. En la noche tempestuosa de las revoluciones, desdichado del caudillo que por temor a la oscuridad que lo circunda se detiene a esperar que radie el alba para orientarse por la vía más recta y frecuentada. Hay que seguir, a la intermitente luz de los relámpagos que incendian el espacio, adelante, siempre hacia adelante.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



SIGUIENDO LA PISTA

Los comprometidos con Mella en La Vega siguen atentamente, con natural y viva ansiedad, las fases emocionantes del plan político que ha empezado a desarrollarse en Santiago. Están muy alarmados por la situación indecisa que se ha producido a consecuencia de las vacilaciones de Duarte, de su aceptación de la presidencia en términos tan condicionales, lo que deja en pie un malestar que aumenta de día en día y que algunos de ellos creen precursor de cosas gravísimas. En torno suyo han principiado a vislumbrar síntomas inquietantes. El más culto y astuto de ellos siente que el pesimismo va lentamente adueñándose de su espíritu. En las clases bajas se advierte una inquietud indefinible, una fermentación sorda, que para la mayor parte de los duartistas se hace de hora en hora más visible y más amenazante. Dos días después de lo ocurrido en Santiago, reunidos cuatro o cinco de los Dones en la pulpería del pueblo arriba, lugar de su acostumbrada tertulia, comentan con viveza en que se percibe no sé qué dejo de amarga preocupación el estado alarmante de las cosas y las propagandas diversas que corren por el pueblo. Algunas de éstas tienen carácter de verosimilitud y son graves en extremo. En vista de hechos que ya conocían, empezaban a despojarse de muchas ilusiones y a contemplar las cosas por su verdadero aspecto. Como de costumbre, Rufinito, echado en el serón que a esa hora le servía de lecho, duerme o aparenta dormir una mona monumental.



«Sí, —dice uno de los Dones, alto, fornido, de expresiva fisonomía y de agradable verbosidad—, voy a leer la carta que vamos a enviar a Mella con el expreso. Tiene que obrar y práctico. Si no mete a toda esa gente en chirona esto se pierde sin remedio. Mi compadre Bartolo va haciéndose cada día más sospechoso. Sus frecuentes viajes a la capital dicen claramente que está metido en líos con los santanistas. De lo contrario no iría siempre como a escondidas. El vale Pancho lo encontró esta mañana en Guaco secreteando con unos desconocidos que después supo venían de Santiago. Un correo que pasó el miércoles por donde estaba una guardia de la gente de Santana oyó decir como cosa segura que iban pronto a coger la capital para castigar muy duro a los enemigos. Bien vamos a quedar si eso sucede. El hombre no juega, tiene mano fuerte. Si Mella no se decide a dar un paso que suene y que levante los ánimos, nos fregamos como hay Dios».

El que ha expresado tales conceptos se levanta, da algunos pasos en el interior de la pulpería, llama a los otros, saca de entre seis o siete cartas que tenía en el bolsillo una más abultada que las otras, extrae del sobre aún no pegado un papel y se pone a leerlo en voz baja, pero de manera que ninguno de los presentes pierde una sílaba. Se oyen distintamente los desacompasados ronquidos de Rufinito. En la carta le dicen a Mella que hay que proceder volando con mucha energía y que se debe principiar por reducir a prisión a Salcedo, Bartolo Mejía y a dos o tres jefes más que andan en malos pasos. Que prenda y castigue algunos oficiales que están sonsacando la tropa. Que parece cierto que Santana va sobre la capital, y que lleva muy malas intenciones. Que es cosa probada que en contubernio con algunos malos patriotas de la capital, trabaja decididamente en el sentido de imponer al país el protectorado francés. Y muchas cosas más por el estilo. Los presentes aprueban lo leído y ponen al pie del escrito sus firmas. El que ha fungido de lector mete el papel en el sobre que pega con obleas azules, pone la carta junto con las otras que había



colocado sobre el mostrador, y encarga al mozo de la pulpería que las entregue todas a Fulgencio el expreso que va esa tarde a Santiago y que de momento vendrá a buscarlas. Toman el último trago y se van.

En el silencio solemne de la tarde continúa oyéndose el ritmo irregular y fastidioso de los ronquidos de Rufinito. De pronto abre un rabillo del ojo y escruta. No hay nadie; está completamente solo. El dependiente de la pulpería está afuera, a pocos pasos de la casa, conversando con calor con un transeúnte. Loan con entusiasmo las excelencias de un pollo giro que al día siguiente van a echar a uno muy afamado, traído expresamente de Macorís. De los cercanos guayabales viene una brisa perfumada y suave. Algunos perros ladran algo lejos. Un campesino pasa entonando el pesado y monótono tololé, tololá. Rufinito se incorpora en el serón, echa una mirada a todos lados, la fija en la correspondencia que está sobre el mostrador, y con presteza suma, en un movimiento rápido como el pensamiento, coge la carta cerrada con las obleas azules y se la mete precipitadamente debajo de la camisa. Llama al muchacho para que le despache la última ración de aguardiente, se restrega los ojos como quien quiere ahuyentar el sueño, y se va.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



CAMINO DEL CAPITOLIO

Como serpiente que va lentamente desenroscándose hasta extender en línea recta su cuerpo flexible para ponerse en persecución de la presa codiciada y cercana, el Ejército del Sur, oportunamente concentrado, marcha hacia la capital en larga hilera que ondula siguiendo las sinuosidades del camino, para derrocar el bamboleante gobierno de la Junta Central, y levantar sobre sus ruinas la Bastilla del menguado y férreo personalismo. Más de una vez las filas de ese ejército se han encrespado agitadas por el viento huracanado de las vociferaciones tumultuarias. Más de una vez, pisoteando la disciplina militar, ha desobedecido reiteradas órdenes de la Junta. Ya no va, como antes, bajo la inclemencia del cielo, por sabanas pantanosas o por montañas abruptas, ardiendo en ira santa, a defender con indomable brío el suelo nacional profanado por el invasor extranjero. Ya no va, como hasta hace poco, orientado por un ideal excelso que, a modo de visión luminosa, ve destacarse por encima de la densa humareda de los combates. Ya no sigue al símbolo augusto de la Patria redimida, a la bandera gloriosa del 27 de Febrero que tantas veces acarició el aliento cálido de las proezas legendarias y que en tantas ocasiones agujereó y rompió la metralla enemiga. Ahora marchan esos soldados, hasta ayer legionarios del deber, detrás del penacho de un guerrero cuya espada victoriosa va a hundirse hasta la empuñadura en las entrañas de las instituciones republicanas. Instrumentos dóciles e inconscientes de fuerzas que se mueven



en la sombra, van a echar sobre sus hazañas un borrón indeleble; van a iniciar la serie de actos luctuosos de tan funesta trascendencia para los destinos de la República.

En la capital impera el más espantoso desconcierto. Nadie se entiende. Hasta casi última hora, los incautos de siempre ponían en duda el avance de Santana. En la confusión del momento se esbozan planes de resistencia que seguidamente se abandonan. Escasean los medios de defensa y lo que es peor si cabe: no hay completa unidad de mando ni cabeza capaz de aunar voluntades para organizar una resistencia vigorosa que dé tiempo a que de otras partes acudan en auxilio de la Junta, de El Cibao quizás. El ambiente, hay que decirlo, tampoco era propicio para empeño tan arduo. La opinión se encontraba en pleno desquiciamiento. La atmósfera política estaba llena de átomos disolventes. Los continuos y bien urdididos manejos de la reacción habían infundido pavor en muchos y sembrado recelos y desconfianzas en otros. José Joaquín Puello, militar experto, que tiene a su cargo la Comandancia de Armas titubea, y deja que se abran paso en su alma insinuaciones de la prudencia o exhortaciones de gente interesada. ¡Ah! ¡Si el futuro héroe de Estrelleta hubiera podido en ese momento leer en el libro misterioso de lo porvenir! El *vae victis*, la insolente y soberbia exclamación del gallo vencedor en Roma humillada, resuena ya en muchos oídos como tañido funeral de campanas distantes. No hay resistencia posible. Todo está perdido. Precisa parlamentar con Santana. Hay que doblegarse ante el vencedor. Sánchez, el abnegado caudillo de El Conde, se resigna ante la fatalidad y sale a verse con Santana en misión de paz y de cordial avenimiento. Este no se da todavía aires de amo. Con su marrullería de campesino se expresa en términos que no inspiren desconfianza. Ni él ni sus amigos tienen la culpa de lo que está sucediendo. Son los otros, los enemigos que tiene en la Junta y que quieren hundirlo. Él lamenta como el primero lo que pasa. Sólo quiere la unión de todos para que pueda el país defenderse de los haitianos. En cuanto llegue a



la capital su gente entregará las armas y él se irá al Prado a reponer su salud harto quebrantada por las fatigas y penalidades de la reciente campaña.

El ejército prosigue su marcha, ya sin temor que ningún obstáculo se le interponga en el camino. Ha vadeado ríos y cruza ahora llanuras ardidas por los soles estivales. La seguridad de que nada lo detendrá en su avance, pone en todos los semblantes irradiaciones de intenso regocijo. Al fin, en la lejanía, en el cielo azul y diáfano, van, cada vez más distintamente, recortándose los altos campanarios, las líneas de los viejos edificios de una de las más históricas ciudades de este continente. Santo Domingo de Guzmán refulge, en un confín del horizonte, como rico joyel medieval colocado por la conquista española en el más hermoso jirón de la tierra americana. Estallan las aclamaciones. A la vista de la anhelada presa la serpiente abre sus fauces y acelera su marcha. El ejército entra tumultuosamente por la puerta de El Conde de donde hacía menos de cinco meses los vencidos de hoy instauraban la nacionalidad dominicana, y poco después sus estruendosos y repetidos vítores anuncian la proclamación de Santana como Jefe Supremo de la República.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



RUFINITO CONTENTO

A la noticia de la ocupación de Santo Domingo por el Ejército del Sur cunde entre los duartistas cibaños el desaliento, estado de ánimo que se convertirá en verdadero pánico tan pronto se sepa que Santana se ha revestido de facultades dictatoriales y que se le atribuye el propósito de castigar severamente a sus enemigos procediendo con la energía que a su juicio demandan las circunstancias. En expectativa angustiosa transcurren las horas para los comprometidos veganos. Circulan noticias sensacionales cuya falsedad o confirmación se espera de momento. La inquietud y la zozobra son grandes en La Vega, donde a ninguno de los duartistas se le ha ocurrido armar gente para rechazar cualquier agresión que pueda producirse. Por instantes se aguardan serias complicaciones. Hay en la localidad enemigos ocultos que acechan el momento oportuno para dar un golpe resonante. En Barranca se han visto algunos hombres armados en actitud sospechosa. Impera un estado de confusión extrema, de penoso desconcierto, que mantiene en tensión los espíritus y que no puede prolongarse mucho tiempo.

Uno de los Dones monta a caballo y sale inmediatamente para Santiago con el objeto de celebrar una entrevista íntima con Mella. A todos ellos les ha extrañado sobremanera que, no obstante los días transcurridos, Mella no haya contestado la carta que se conoce y que en opinión de los firmantes ameritaba una respuesta inmediata. Atribuyen esa falta a las múltiples



atenciones que ocupan al bravo febrerista en aquellos críticos momentos. Así la sorpresa de ellos es piramidal cuando de vuelta el que había ido a Santiago les refiere que Mella no ha recibido ninguna misiva de ese género, que no sabe de qué carta le hablan. Ese rudo golpe, en aquellos minutos de angustiosa incertidumbre, los anonada y los hunde en permanentes cavilaciones. ¡La carta comprometedora perdida! Alguien debía haberla cogido. Pero quién, ¡santísima Virgen de la Antigua! Interrogan al mozo de la pulpería, verdadero badulaque que no sabe más que vender provisiones y tragos y charlar sin cesar de gallos, y éste se queda con tamaño boca abierta. Cuando se penetra bien de lo que le preguntan, contesta que hizo puntualmente lo que le ordenaron, esto es, entregar a Fulgencio el expreso, tan pronto como llegó, las cartas que había sobre el mostrador. Preguntado diestramente a su vez Fulgencio dice que no sabe nada; que sí asegura por todos los santos del cielo que entregó en Santiago todas las cartas que le dieran en la pulpería. Y pone tal acento de sinceridad en sus palabras que esfuerza creer en la verdad de lo que dice. Ninguno de los dos, tampoco, inspira sospechas de ningún género. ¿Quién tendrá en su poder la maldita carta? En la pulpería estaban ellos solos esa tarde. Calle, y el borracho que roncaba tanto. ¿Rufinito acaso?

En Santiago es mayor el desconcierto que en La Vega. Nadie sabe a qué carta quedarse. Se cree la guerra civil inevitable o poco menos. Algunos auguran tremendas represalias. Entra en la ciudad poca gente del campo y empiezan a paralizarse las transacciones comerciales. Mella, de ordinario tan entero, siente que flaquea un ánimo al enterarse de ciertas bajezas y felonías de personas a quienes juzgaba incapaces de tales cosas. El prócer ilustre ignoraba todavía a qué abismo de ignominia pueden conducir al hombre algunas bajas pasiones, en el personalismo político sobre todo, que cual hongos venenosos crecen abundantemente en ciertos antros tenebrosos del alma humana. Mientras tanto, transcurre el tiempo sin que se haga



nada que valga la pena para conjurar el inminente peligro que a modo de alud aplastante se viene encima. Hay que evitar a toda costa el derramamiento de sangre, gritan muchos. Esa corriente de opinión se impone. Se buscan temperamentos de conciliación, fórmulas de avenimiento. Una lucida comisión presidida por Mella irá a verse con Santana para proponerle que, tanto él como Duarte, que está de acuerdo, permanezcan tranquilos esperando el fallo de la opinión, lo que decida próximamente en los comicios la mayoría del país. ¡A Santana con esas! Recurso pueril. El caudillo oriental no entiende de arreglos ni de componendas. Va recto al blanco como la saeta. Y el blanco para él es el poder supremo, sin rivales, sin restricciones, tal como ya lo entiende, como lo entenderá toda su vida. Duarte, entre tanto, esperará en Puerto Plata el resultado de las gestiones de la comisión que sale para la capital.

Pero los acontecimientos se suceden con vertiginosa rapidez. Sin esperar a más, los jefes comprometidos con la facción santanista empiezan a pronunciarse: Salcedo en Moca y Santiago, otros en Puerto Plata y la Línea Noroeste. Bartolo Mejía, seguido de unos pocos, se adueña de La Vega sin disparar un tiro, vitoreando a Santana. Presto la marejada hirviente de la reacción se extiende por todas las comarcas cibaenas. Es grande la ansiedad de los Dones, aunque en realidad nada tengan que temer por el momento. Bartolo Mejía, el hombre de la situación en La Vega, es amigo de todos ellos, los aprecia y respeta. Además, perdida la esperanza, han dejado pasar las cosas sin pretender detenerlas o desviarlas; ninguno de ellos ha asumido ni asume una actitud de abierta hostilidad contra el orden de cosas que acaba de imponerse. Pero, ¿y la carta? ¡Maldita carta! Rufinito ríe solo. El contento no le cabe en el pecho. Santana, su ídolo, es el hombre. Bien lo decía él a los que querían oírle. Él vio mejor que los cocotuces. Chúpense ahora ese cajuil. Los filorios no sirven; solo Santana puede gobernarnos. Como Alá para los mahometanos, para Rufinito solo Santana es grande, todopoderoso, omnisciente.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



«LOS DE LOS TRISTES DESTINOS»

La fuerza bruta lanzada en una dirección y por completo falta de reguladores jurídicos, por ley natural, tenderá siempre a la realización de actos de verdadera iniquidad que por más que se adornen y disfracen con nombres pomposos, dejarán ver claramente al través de los hilos de su engañosa malla los móviles mezquinos y aviesos que los produjeron. No puede suceder otra cosa. En el estudio del desenvolvimiento de algunos hechos es imposible echar a un lado ciertos factores de índole aparentemente insignificante, pero que, bien depurados, resultan en el fondo los principales determinantes de esos mismos hechos. Lo que crea exclusivamente la violencia desapoderada tiene que sostenerse por obra de esa misma violencia. La ilegalidad será siempre ilegalidad y el crimen será siempre crimen, así se les dore y acicalle primorosamente como sucede en el convencimiento teatral que forma el aspecto más saliente del personalismo político. Precipitado en la senda de la violencia no quiso el santanismo, quizás no pudo, despeñado ya como iba, detenerse en un punto del camino, aspirar un poco del aire sano y vivificante que emana de la tolerancia bien entendida, y pactar satisfactoriamente con sus adversarios en quienes la ambición de mando no había echado aún hondas raíces, neutralizándolos, atrayéndolos o poniéndolos en la incapacidad de tramar nada durante mucho tiempo contra el orden de cosas imperante, sin necesidad de extremar contra ellos los atropellos y las persecuciones. No hubo términos medios. De un salto se pasó al extremo opuesto.



El olvido cubre piadosamente los nombres de los que, en la excitación del momento, firmaron exposiciones pidiendo que fueran llevados al cadalso, como hornada de siniestros criminales, los austeros y abnegados fundadores de la República. En estas turbulentas democracias americanas, como excrecencias monstruosas, surgen de cuando en vez los Fouquier Tinville. No se llegó, felizmente, a tan espantable exceso. Todavía no había comenzado a funcionar con regularidad el terrorismo criollo. Aherrojados y sepultados en las mazmorras del Homenaje, tras horas de espantosa angustia, cayó sobre ellos, dictadas por sus más encarnizados enemigos, una sentencia inicua, en que se les «declaraba traidores» y se ordenaba que todos ellos fueran inmediatamente desterrados y extrañados a perpetuidad del país, sin que pudieran volver a poner el pie en él bajo pena de muerte, que sería ejecutada en la persona del que lo hiciera, después que fuera aprehendido y se justificara la identidad de su persona, a cuyo efecto se le daba poder y facultad a cualquier autoridad civil y militar que verificara la captura. Este desenlace tan rápido y tan inicuo pone en el espíritu sereno que con verdadero recogimiento de ánimo se entrega a evocar estas cosas del pasado no sé qué sombras de perdurable duelo. Se sale de esa peregrinación histórica con el alma henchida de amargo desencanto. Se siente la nostalgia de las cosas bellas y puras de la gran naturaleza que no mancha el contacto de las mezquindades humanas. Michelet, el gran historiador artista, después de trazar con su pluma evocadora el cuadro de una época cuajada de sangre y de lágrimas, para escapar a la obsesión de tantos horrores, se ponía, por irresistible impulso, a estudiar el proceso evolutivo de la vida en los insectos y en las aves.

A sesentaicuatro años de distancia mi pensamiento reconstruye la patética escena, y me parece contemplarlos, el día de la partida, en la cubierta de la nave anclada en el puerto en la que van a surcar las salobres ondas en dirección de playas inhospitalarias y remotas. El mar se deshace en hirviente y



blanca espuma al estrellarse con quejumbroso estrépito en los arrecifes y farallones de la costa. De un lado, ante sus ojos, en la limpidez del ambiente, emerge la mole de piedra del Homenaje, pesada construcción de los primeros tiempos de la conquista, en la que acaban de apurar las heces de infinitas amarguras. Los mástiles de los buques surtos en la ría se proyectan en el espacio como si fueran lanzas de viejos caballeros que amenazasen el cielo. Frente a ellos, se extiende la ciudad con sus plazas y sus calles hasta confundirse con los macizos de verdura de la cercana campiña. Todavía repercute en esas calles y en esas plazas el eco de su patriótica propaganda. Todavía vibra en ellas el grito de guerra contra el opresor extranjero. Empieza a soplar suavemente el terral. Una indefinible tristeza parece enseñorearse de todas las almas. La nave se apresta a zarpar. Ellos ven, quizás, por vez última, la ciudad primada de América, áureo relicario que guarda el precioso polvo de tantas glorias desvanecidas. Bajo la suave caricia de la brisa, henchidas las velas, el alfanje de la proa corta la masa azulosa de las aguas y la nave va poco a poco alejándose. De pie, sobre una peña que salpica el oleaje, los miro irse y siento que irresistible emoción va invadiendo mi alma. Se humedecen mis pupilas y de ellas se desprende lentamente una lágrima. Me descubro en respetuoso ademán de despedida, y mis labios murmuran, variándolas a mi antojo, algunas de las conmovedoras palabras que en *Ricardo III*, la creación dramática del divino Shakespeare, pone este en boca de uno de sus personajes. «Adiós, patriotas infortunados, los de los tristes destinos».





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



AL BORDE DEL ABISMO

Los más connotados febreristas reducidos a prisión en la capital; Mella insultado y preso a su llegada, y Duarte traído con lujo de precauciones desde Puerto Plata y encerrado también en el Homenaje, son las alarmantes noticias que corren en La Vega, como simples rumores primero, como hechos de absoluta certidumbre después. Se dice también con insistencia que sobre sus cabezas se cierne un fallo de muerte. Aún faltan varios días para que se dicte la sentencia que los arroja al ostracismo. Mientras tanto, como acaece en idénticas o parecidas circunstancias, se abultan las noticias, se desfiguran ciertos hechos, se reviste cuanto se propala de proporciones desmesuradas. Aunque el duartismo salió bien librado en El Cibao, pues afortunadamente no hubo persecuciones, en el primer momento todos creyeron que sí las habría y que iban a ser numerosos los atropellos de gentes sindicadas como hostiles a la situación imperante. Se creía firmemente que todos los duartistas de alguna significación social serían castigados con verdadera severidad. La menor prueba en contra de ellos bastaría para perderlos sin remedio. No habría clemencia para nadie. Propagandas de este género circulaban incesantemente. Muchos hacían examen de conciencia y se preguntaban afanosos si en su conducta anterior habría algo que atrajese sobre ellos las iras de las nuevas autoridades. Los Dones son hombres enteros, de pelo en pecho, de firme corazón, y pasada la primera sensación de estupor, vencido el miedo que los



sobrecogió en los primeros instantes, estudian serenamente la situación que atraviesan y resuelven poner en juego todos sus valiosos recursos de influencia y de energía para hacer frente con resolución al sino adverso que los amenaza.

Su obsesión de todas las horas es encontrar la carta escrita a Mella en un momento de imprevisión o de acaloramiento. Como enjambres de avispas, las sospechas van a clavar su aguijón en Rufinito. No hay palabras con qué expresar la alegría de este tipo por el triunfo ruidoso y completo de Santana. Su gozo es grande al contemplar el atortolamiento y el temor de los contrarios. Se pavonea orgulloso como si a él fuera a tocarle alguna partícula del poder supremo o como si estuviera hecho de la madera de los hombres cuyo concurso es indispensable o poco menos para encarrilar convenientemente las cosas. Ha empinado el codo hasta emborracharse por completo dos o tres veces, pero por un milagro de prudencia, no ha soltado en sus expansiones de beodo ni media palabra que pueda denunciarlo como el poseedor de la carta comprometedora. Se le han escapado vocablos aislados, gritos de júbilo, exclamaciones vagas, frases inconexas que traducen fielmente su vehemente deseo de ver inexorablemente castigados a los enemigos de Santana. «Esto va a dar lástima». «Ya sabrán quién es el hombre». «Pron-to se verán cosas nuevas». Y en esas y otras frases por el estilo se comprendía todo su repertorio de amenazas.

Pero se le vigila estrechamente; no se le pierde pie ni pisa-da. Un mozo criado en casa de uno de los Dones, compañero de Rufinito de tragos y parrandas, lo espía sin tregua y sin que él se percate de tal vigilancia. Se ha llegado al extremo de registrar minuciosamente el bohío de Rufinito en momentos en que éste y su compañero estaban en el campo. Al fin se llega al conocimiento de la cosa de la manera más inesperada y más tonta del mundo. Una mujer del pueblo que tiene tratos íntimos y clandestinos con uno de los Dones, en charla de alcoba, sin dar ninguna importancia al asunto, le refiere que esa misma mañana una comadre suya a cuya casa va Rufinito a tomar



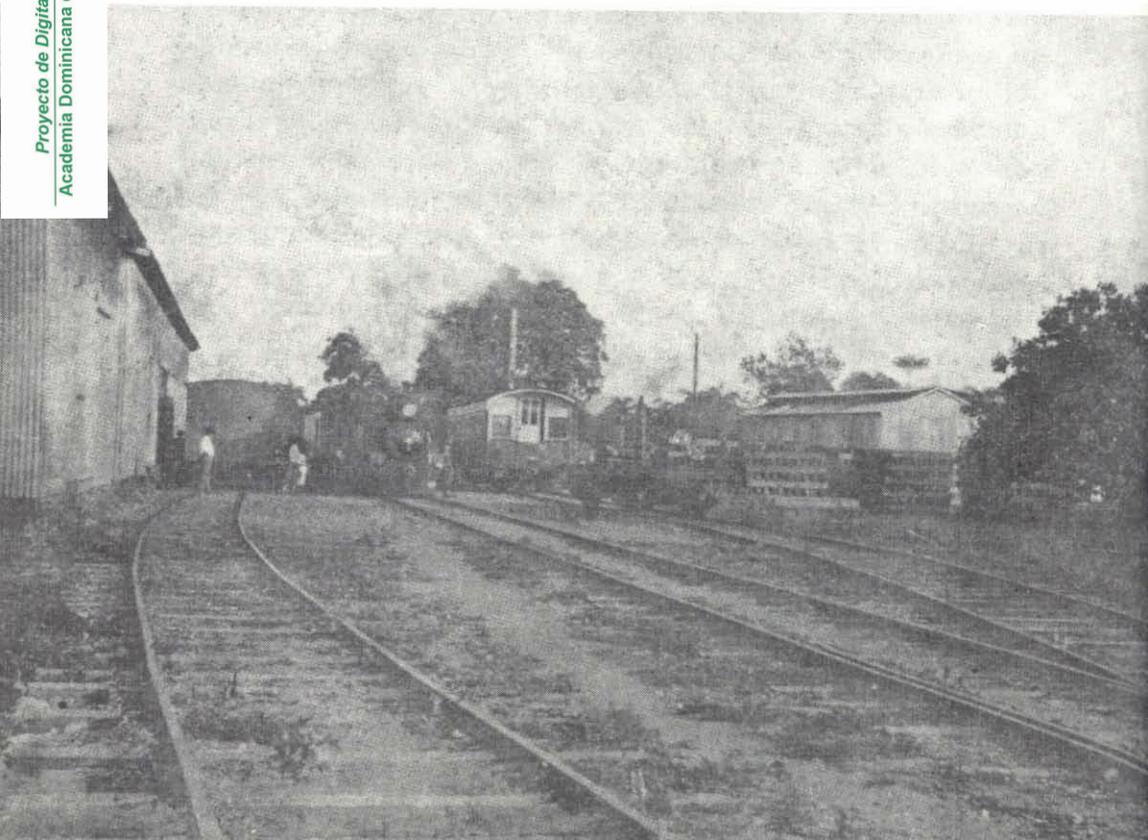
café todas las mañanas, le confió, encargándole que no lo dijera a nadie, que Rufinito se iba al otro día por la madrugada a la capital a llevar una cosa muy importante a Santana. Le dijo además que Rufinito haría el viaje en compañía de un recuero de apellido Franco, compadre suyo, quien lo esperaba con el caballo listo en su estancia, situada como a cosa de una legua de la ciudad, para que de allí continuasen juntos el viaje hasta Santo Domingo.

¡Acabáramos, milagrosa Virgen de la Antigua! Las sospechas se han convertido en certidumbre. Rufinito se lleva la carta endiablada y con ella, en plazo más o menos breve, la cárcel, el destierro o el patíbulo para los firmantes. Reunidos en casa de uno de ellos, los Dones se enteran de la estupenda noticia. Un escalofrío de pavor recorre todos sus miembros. Ven cerca, muy cerca, como una sima muy honda y muy negra donde van a desaparecer sin remedio. Se sienten perdidos por completo como si una mano muy pesada los empujara rudamente a un abismo. Pero reaccionan prestos. Son hombres enteros y no se dejarán llevar tontamente al matadero por la voluntad del miserable palurdo. «Antes que la cruz entre en mi casa que vaya a la ajena», cuentan que dijo uno de ellos, el más culto y resuelto de todos. Hablan en voz baja y se estrechan fuertemente las manos en señal de un acuerdo decisivo. En sus ojos que chispean arde el fuego siniestro de una decisión sombría.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



MISTERIO

Noche, noche de estío serena y silente. Arriba, en lo infinito, resplandecen miríadas de diamantes siderales. Las constelaciones marcan con precisión deslumbradora sus trazos de fúlgidas estrellas. La paz, la inmensa paz de una noche apacible esparce su hálito de calma y de misterio sobre los seres y las cosas. Nadie transita a esa hora por las calles oscuras y silenciosas de la ciudad dormida. Todo yace en quietud melancólica y solemne. En la parte oriental, al extremo de la población, en el lugar en que está el bohío de Rufinito, ya casi tocando el campo, nada, tampoco, turba la augusta tranquilidad de la noche. Apenas si se escucha el débil murmullo que levanta la brisa al agitar las frondas de los extensos guayabales. A largos intervalos, se oyen los estridentes ladridos de los perros de una finca cercana. Los cocuyos vuelan en todas direcciones trazando largas y confusas rayas fosforescentes. Algo lejos de donde vive Rufinito, al otro extremo de los guayabales, brilla, fantástico, un resplandor extraño, fijo, rojizo. Es la luz que sale de la puerta de una casa donde hay un velorio.

Hace bastante rato que ha pasado la media noche. Vagos rumores, estremecimientos misteriosos conmueven la campiña. ¿Qué fue lo que vio un hombre que a esa hora venía del velorio camino de la población? ¿Fue aparición medrosa de ánimas en pena, lo que, erizándole el cabello, le hizo volver precipitadamente sobre sus pasos y tomar otro camino más largo para regresar a su casa? Tiempo después, refiriendo el



espeluznante caso, aseguraba que oyó cuchicheos y como ruido de aceros desenvainados y que le pareció ver cuatro o cinco embozados agrupados estrechamente a la sombra de un árbol frondoso que se alzaba en aquel sitio. ¿Fue esa visión terrorífica obra de una imaginación sobreexcitada por el silencio y la oscuridad de la noche? ¿Quiénes eran? ¿Acaso las sombras de algunos de los férreos conquistadores que escapados de sus tumbas seculares venían allí a contarse sus viejas proezas? El lugar en que los vio el transeúnte es el mismo que ocupa actualmente la esquina del Mercado nuevo donde está el cuartel de la Policía municipal. El bohío de Rufinito estaba a pocos pasos de ese sitio.

Desde esa noche no se ha vuelto a saber nada de Rufinito. Desapareció como si la tierra abriéndose bajo sus pies se lo hubiera tragado. Su mujer refería después que a una hora ya próxima al amanecer tocaron a la puerta y una voz que desconocía llamó a Rufinito para decirle que se levantara, que su compadre Franco hacía rato que lo estaba esperando para emprender el viaje convenido. Rufinito se levantó, cogió las alforjas en que tenía la tortilla preparada para el camino, se despidió de ella, y salió. Lo creyó durante varios días en la capital, pero al saber que había regresado ya el compadre en cuya compañía creía que estaba, fue a verlo y éste le respondió que Rufinito no había hecho el viaje con él, que se cansó de esperarlo hasta bien entrada la mañana y que viendo que no aparecía por ninguna parte pensó que por alguna causa había desistido del viaje y se fue solo. Y agregó también, con inmenso asombro de la atribulada mujer, que él no había enviado a nadie a llamarlo por la madrugada como ella sostenía. ¿Dónde estaba Rufinito? No se ha sabido nunca, seguramente no se sabrá jamás. El más inextricable misterio, a manera de espeso manto, envuelve este punto. He querido rasgar ese manto y sólo he visto tinieblas. Cuentan que al ruido de esa sorprendente desaparición vino de Santiago un empleado judicial, quien hizo prolijas investigaciones sin obtener ningún resultado.



Se llegó hasta registrar una letrina donde se decía habían echado el cadáver. Se buscó con ahínco en lugares donde se corría que estaba enterrado. Nada, nada. Refiérese que una vieja que vivía cerca y que se había levantado al oír un ruido extraño vio por las rendijas de la puerta de su casa unos hombres que se llevaban a otro, pero que no acertó a conocer a ninguno. ¿Quiénes lo ejecutaron? ¿Dónde? ¿Cómo? Estas preguntas han quedado siempre sin respuesta. Parece esto increíble tratándose de una ciudad de tan corto vecindario. Los ejecutores se llevaron su secreto a la tumba. Nunca secreto alguno ha sido mejor guardado. Las sospechas zumbaron durante mucho tiempo alrededor de algunos de los Dones, pero éstos, con su actitud serena y altiva, las desviaron siempre, sin que en ningún tiempo dejaran traslucir ni por un gesto, ni por una palabra absolutamente nada que pudiese comprometerlos. El incidente de la carta era conocido de poquísimos y éstos relacionados íntimamente con ellos. Ningún indicio fehaciente surgió para intentar contra nadie un proceso judicial. Uno tras otro fueron durmiéndose en la muerte y con ellos el secreto del fin de Rufinito. Pulularon entonces, como hoy mismo, las aseveraciones más contradictorias y aun absurdas. Sólo Dios sabe, si es que hay un Dios que se digne fijar su mirada en estas cosas, en el rincón de qué patio, a la vera de qué umbroso camino o en la soledad de qué escarpada montaña duerme Rufinito su eterno sueño.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



MORALEJA

¿Fue ese hecho crimen horrible digno de general reprobación y para el que hay que buscar sin atenuaciones de ninguna especie el castigo que le señala el código penal, o, por lo contrario, puede y debe considerarse como acto de imprescindible defensa personal, que justifican cumplidamente las graves circunstancias del momento, la angustiada situación en que se encontraban, y otros motivos de importancia que sólo ellos podían apreciar con la debida exactitud? El que se va ahogando no se detiene a escoger la rama o el madero que busca con ansiedad para escapar de la muerte inminente. Se agarra con fuerza a lo primero que topa, a lo que tiene al alcance de la mano y puede servirle de asidero más o menos sólido. Para responder con algún acierto a la interrogación que acaba de formularse, precisa primeramente remontar la corriente del tiempo, vivir un momento en el ambiente de la época en que actuaron aquellos hombres, darse cuenta clara de la evolución de los hechos, y poniéndose en lugar de ellos preguntarse uno mismo: ¿qué hubiera hecho yo colocado en igual callejón sin salida? Hasta ahora no he oído a nadie que los azote con el látigo de una reprobación decidida. Nadie, en lo íntimo de su conciencia, los condenaría. Todos, o casi todos, y yo con ellos, sin restricciones mentales, extenderían las manos en gesto de absolución completa.

Así los ha juzgado la gran masa del pueblo que en algunas ocasiones suele ver las cosas con mayor claridad que algunos



empingorotados sabios. Más aún. Del suceso de Rufinito ha formado el pueblo una especie de filosofía empírica de la que ha extraído una enseñanza que aplica constantemente. Porque la clase analfabeta, la gran mayoría, no se paga de sonoros conceptos abstractos, de palabras huecas y rimbombantes sobre la virtud, el honor, el patriotismo. Para que esas cosas hieran su imaginación fuertemente se hace menester que tomen cuerpo en actos de innegable evidencia, que asuman formas palpables de materialidad resistente. Así lo que se refiere a Rufinito. Hace pocos años, en plena y desoladora guerra civil, uno de los dos bandos que con verdadera furia se disputaban el poder en la ensangrentada arena del circo, no recuerdo ahora cuál, acababa de adueñarse de La Vega a fuego y sangre. Como sucede por lo general en estos terribles pugilatos de la política personalista, el bando triunfador tenía puesto el pesado tacón de su bota sobre la cabeza de los del bando vencido, sin permitirles casi que respirasen. Las suspicacias, los celos, las sospechas, buitres inmundos, se cernían con amenazante fiereza sobre los contrarios de la agrupación dominante o que se suponían como tales. Se denunciaba a troche y moche con el propósito de adquirir por ese medio ejecutorias para aspirar más tarde al goce de un cachito del presupuesto, es decir, lo de siempre aquí y en muchas de estas sociedades hispanoamericanas levantiscas y desorientadas. La política personalista es indudablemente el terreno mejor preparado para la más espléndida germinación de muchas de estas mezquindades e infamias. Por no sé qué circunstancia había en uno de esos días arreciado el temporal de denuncias a las autoridades. Una tarde, tres o cuatro amigos sentados en un banco del parque de Recreo departíamos agradablemente. En un banco muy próximo dos fieles de la situación imperante hablaban con algún calor. De pronto se levantó uno de ellos, y cuando pasaba por delante de nosotros, el compañero que no se había movido, sin cuidarse de que pudieran oírle como le oímos todos, alzó la voz y dijo al que se iba: «Mira y dile también que ya se conocen sus cosas. Que se deje de tantos chismes; que se acuerde de lo que le pasó a Rufinito».



NOTAS

- A. Algunas personas ponen en duda la existencia de la carta a Mella y sostienen que Rufinito sólo sorprendió en la pulpería una conversación relativa al plan convenido con el prócer febrerista. Creo que esta aserción, por diversas razones, carece en absoluto de fundamento. Sin una prueba de indiscutible evidencia, seguramente Rufinito no hubiera intentado ir a ver a Santana para denunciarle sus enemigos. Esta denuncia debía apoyarse en alguna prueba convincente, pues de lo contrario Santana no iba a hacer caso de los decires de un ser tan insignificante como Rufinito y éste debía estar bien penetrado de que, sin algo que justificase sus denuncias, Santana le despacharía con cajas destempladas. La carta es, pues, de absoluta necesidad para explicar satisfactoriamente el episodio.
- B. Hay quien diga que Rufinito no tenía proyectado ningún viaje a la capital. No veo entonces la prisa en darle muerte cuando había tiempo para por medios mucho menos peligrosos sustraerle la carta. El señor Antonio Amézquita asegura, tal como aparece en la relación, que el individuo que iba a hacer el viaje con él era un recuero o cosa parecida de apellido Franco y muy conocido.



- C. No falta quien sostenga que no era un velorio sino un baile lo que se verificaba en el bohío, y que no fue ningún hombre sino una mujer quien alcanzó a ver los embozados. Los decires de esta clase son infinitos. En la narración me he atendido a lo que me ha parecido más posible y por consiguiente más aproximado a la verdad.
- D. Afírmase que el nombre de Rufinito es el de un hijo de José Rufino, héroe de este trágico suceso, y que, andando el tiempo, el pueblo confundió los nombres adjudicándole al padre, la víctima, el diminutivo con que se llamaba al hijo. Además de algunos datos de familia, tiene este aserto en su apoyo estos versitos de aquel tiempo que todavía se oyen:

*Sábado por cierto fue;
domingo al amanecer
se perdió José Rufino
y no ha vuelto a aparecer.*

Otros, por el contrario, aseguran que a José Rufino le llamaban muchos Rufinito como después al hijo, y que, por consiguiente, no hay tal confusión de nombres. Sea lo que fuere, es lo cierto que en La Vega, de más de treinta años a esta parte, siempre se ha designado con el nombre de Rufinito al protagonista de este sucedido.

- E. Algunos dicen que no fue por confidencia de una mujer, como se narra en el libro, sino por denuncia del recuero Franco que los Dones supieron que Rufinito iba para la capital a denunciarlos a Santana.
- F. Dicen algunos que el Bartolo Mejía que figura en este relato es el general Manuel Mejía, que fue después gobernador de esta provincia.



MUERTE DE RUFINITO

—:0:—

Según unas notas que en 1910 me envió a Santiago de los Caballeros, para su publicación, el finado don Juan Isidro Vásquez, Notario Público que fué de esta común, RUFINITO, o sea, José Rufino Torres, el desaparecido, no fué muerto por *los dones* de La Vega, como se decía, sino por su vecino de fundo Juan Antonio Zarzuela, esposo de una tal María Auselma, naturales, estos dos, de Las Matas de Farfán. Su muerte fué por celos de Zarzuela.

Según las mismas notas, Zarzuela, en cama de muerte, lo reveló así al Padre Moja, autorizándole a decirlo, como lo hizo una vez entre un grupo de individuos en San Antonio del Bonao, en los días de la Restauración, muchos años después de la muerte de RUFINITO, ¡ocu

rrida a principios de la Independencia.

José Rufino tenía un hijo, un niño nombrado Rufinito de la Rosa, quien murió paralítico después de la Restauración. Aclaro esto, porque muchos han confundido al uno con el otro.

En 1910, cuando recibí las notas no creí oportuno publicarlas, pero prometí a don Isidro — quien tenía interés en que se levantara de aquellas honorables personas tan injusta acusación — hacerlo tan pronto lo creyera oportuno, lo que cumplo ahora para satisfacer la promesa que hice a mi recordado amigo.

Las notas en referencia están adheridas a uno de mis libros de anotaciones históricas, donde puedo enseñarlas a quien desee conocerlas.

M. U. G.

AGN. Periódico *El Progreso*, año XXVII, La Vega República Dominicana, 4 de noviembre de 1936.





Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir.* E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945.
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño.* E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío (poeta, restaurador, historiador, mártir).* R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones.* Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850.* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del «Boletín» del 1938 al 1944.* C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Escrita en holandés por Alexander O. Exquemelin, traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez; introducción y bosquejo biográfico del traductor R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.
- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.

- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos. (Tomo I: 1896-1908)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos. (Tomo II: 1909-1916)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos. (Tomo III: 1917-1922)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005*. Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lili, el sanguinario machetero dominicano*. Juan Vicente Flores, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos*. Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Andrés Blanco Díaz (editor), Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796*. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Banderita Libre*. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná*. Manuel Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño*. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional del Nuevo Mundo*. Miguel D. Mena, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. I: 1492-1501*. Fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.



- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración).* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII.* Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894).* Tomo I, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894).* Tomo II, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain.* Andrés Avelino. Traducción al castellano e introducción del P. Jesús Hernández. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XI *Manual de indización para archivos,* en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba. Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo.* Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos.* Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer.* Eugenio María de Hostos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546).* Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección.* Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVI *Años imborrables.* Rafael Alburquerque Zayas-Bazán, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población.* Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel.* Tomo I. Compilación de José Luis Saez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.



- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel. Tomo II. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel. Tomo III. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilandarias. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana. José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas. Antonio Sánchez Hernández. Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961). Tomo I, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961). Tomo II, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007. Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670). Transcripción de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916). María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2008.*



- Vol. LXXVI *Cuadros históricos dominicanos*. César A. Herrera. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas*. Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXVIII *Escritos 2. Ensayos*. Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas*. H. Thomasset. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental*. Olga Pedierro, et. al., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXI *Escritos desde aquí y desde allá*. Juan Vicente Flores. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXII *De la calle a los estrados por justicia y libertad*. Ramón Antonio Veras (Negro), Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXIII *Escritos y apuntes históricos*. Veturio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIV *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista*. Salvador E. Morales Pérez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXV *Escritos. 1. Cartas insurgentes y otras misivas*. Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVI *Escritos. 2. Artículos y ensayos*. Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVII *Más que un eco de la opinión. 1. Ensayos, y memorias ministeriales*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVIII *Más que un eco de la opinión. 2. Escritos, 1879-1885*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIX *Más que un eco de la opinión. 3. Escritos, 1886-1889*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXX *Más que un eco de la opinión. 4. Escritos, 1890-1897*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXI *Capitalismo y descampesinización en el Suroeste dominicano*. Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIII *Pérlas de la pluma de los Garrido*. Emigdio Osvaldo Garrido, Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs. Edición de Edgar Valenzuela. Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIV *Gestión de riesgos para la prevención y mitigación de desastres en el patrimonio documental*. Sofía Borrego. Maritza Dorta. Ana Pérez, Maritza Mirabal, Santo Domingo, D. N., 2009.



- Vol. LXXXV *Obras*. Tomo I, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVI *Obras*. Tomo II, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVII *Historia de la Concepción de La Vega*. Guido Despradel Batista, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIX *Una pluma en el exilio. Los artículos publicados por Constancio Bernaldo de Quirós en República Dominicana*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XC *Ideas y doctrinas políticas contemporáneas*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCI *Metodología de la investigación histórica*. Hernán Venegas Delgado, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIII *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo I. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo II. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo III. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVI *Los Panfletos de Santiago: torturas y desaparición*. Ramón Antonio, (Negro) Veras. Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVII *Escritos reunidos. 1. Ensayos, 1887-1907*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVIII *Escritos reunidos. 2. Ensayos, 1908-1932*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIX *Escritos reunidos. 3. Artículos, 1888-1931*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. C *Escritos históricos*. Américo Lugo. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CI *Vindicaciones y apologías*. Bernardo Correa y Cidrón. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CII *Historia, diplomática y archivística. Contribuciones dominicanas*. María Ugarte, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CIII *Escritos diversos*. Emiliano Tejera. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIV *Tierra adentro*. José María Pichardo, segunda edición, Santo Domingo, D. N., 2010.



- Vol. CV *Cuatro aspectos sobre la literatura de Juan Bosch.* Diógenes Valdez. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVI *Javier Malagón Barceló, el Derecho Indiano y su exilio en la República Dominicana.* Compilación de Constanancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVII *Cristóbal Colón y la construcción de un mundo nuevo. Estudios, 1983-2008.* Consuelo Varela. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVIII *República Dominicana. Identidad y herencias etnoculturales indígenas.* J. Jesús María Serna Moreno, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIX *Escritos pedagógicos.* Malaquías Gil Arantegui. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CX *Cuentos y escritos de Vicenç Riera Llorca en La Nación.* Compilación de Natalia González, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXI *Jesús de Galíndez. Escritos desde Santo Domingo y artículos contra el régimen de Trujillo en el exterior.* Compilación de Constanancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXII *Ensayos y apuntes pedagógicos.* Gregorio B. Palacín Iglesias. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIII *El exilio republicano español en la sociedad dominicana* (Ponencias del Seminario Internacional, 4 y 5 de marzo de 2010). Reina C. Rosario Fernández (Coord.) Edición conjunta de la Academia Dominicana de la Historia, la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIV *Pedro Henríquez Ureña. Historia cultural, historiografía y crítica literaria.* Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXV *Antología.* José Gabriel García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVI *Paisaje y acento. Impresiones de un español en la República Dominicana.* José Forné Farreres. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVII *Historia e ideología. Mujeres dominicanas, 1880-1950.* Carmen Durán. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVIII *Historia dominicana: desde los aborígenes hasta la Guerra de Abril.* Augusto Sención (Coord.), Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIX *Historia pendiente: Moca 2 de mayo de 1861.* Juan José Ayuso, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXX *Raíces de una hermandad.* Rafael Báez Pérez e Ysabel A. Paulino, Santo Domingo, D. N., 2010.



- Vol. CXXI *Miches: historia y tradición*. Ceferino Moní Reyes, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXII *Problemas y tópicos técnicos y científicos*. Tomo I, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIII *Problemas y tópicos técnicos y científicos*. Tomo II, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIV *Apuntes de un normalista*. Eugenio María de Hostos. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXV *Recuerdos de la Revolución Moyista (Memoria, apuntes y documentos)*. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVI *Años imborrables* (2^{da} ed.) Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Edición conjunta de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVII *El Paladín: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo I. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVIII *El Paladín: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo II. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIX *Memorias del Segundo Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXX *Relaciones cubano-dominicanas, su escenario hemisférico (1944-1948)*. Jorge Renato Ibarra Guitart, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXI *Obras selectas*. Tomo I, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXII *Obras selectas*. Tomo II, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIII *África y el Caribe: Destinos cruzados. Siglos XVI-XIX*, Zakari Dramani-Issifou, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIV *Modernidad e ilustración en Santo Domingo*. Rafael Morla, Santo Domingo, D. N., 2011.



- Vol. CXXXV *La guerra silenciosa: Las luchas sociales en la ruralía dominicana.* Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVI *AGN: bibliohemerografía archivística. Un aporte (1867-2011).* Luis Alfonso Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVII *La caña da para todo. Un estudio histórico-cuantitativo del desarrollo azucarero dominicano. (1500-1930).* Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVIII *El Ecuador en la Historia.* Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIX *La mediación extranjera en las guerras dominicanas de independencia, 1849-1856.* Wenceslao Vega B., Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXL *Max Henríquez Ureña. Las rutas de una vida intelectual.* Odalis G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLII *Yo también acuso.* Carmita Landestoy, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIII *Más escritos dispersos.* Tomo I, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIV *Más escritos dispersos.* Tomo II, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLV *Más escritos dispersos.* Tomo III, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVI *Manuel de Jesús de Peña y Reinoso: Dos patrias y un ideal.* Jorge Berenguer Cala, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVII *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno.* Roberto Cassá, edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVIII *De esclavos a campesinos. Vida rural en Santo Domingo colonial.* Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1547-1575).* Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CL *Ramón –Van Elder– Espinal. Una vida intelectual comprometida.* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CL.I *El alzamiento de Neiba: Los acontecimientos y los documentos (febrero de 1863).* José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CL.II *Meditaciones de cultura. Laberintos de la dominicanidad.* Carlos Andújar Persinal, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CL.III *El Ecuador en la Historia* (2^{da} ed.) Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2012.



- Vol. CLIV *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe (1789-1854)*. José Luciano Franco, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLV *El Salvador: historia mínima*. Varios autores, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVI *Didáctica de la geografía para profesores de Sociales*. Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVII *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo I, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVIII *Cedulario de la isla de Santo Domingo, 1501-1509*. Vol. II, Fray Vicente Rubio, O. P., edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIX *Tesoros ocultos del periódico El Cable*. Compilación de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLX *Cuestiones políticas y sociales*. Dr. Santiago Ponce de León. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXI *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo II, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXII *El incidente del trasatlántico Cuba. Una historia del exilio republicano español en la sociedad dominicana, 1938-1944*. Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIII *Historia de la caricatura dominicana*. Tomo I, José Mercader, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIV *Valle Nuevo: El Parque Juan B. Pérez Rancier y su altiplano*. Constancio Cassá, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXV *Economía, agricultura y producción*. José Ramón Abad. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVI *Antología*. Eugenio Deschamps. Edición de Roberto Cassá, Betty Almonte y Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVII *Diccionario geográfico-histórico dominicano*. Temístocles A. Ravelo. Revisión, anotación y ensayo introductorio Marcos A. Morales, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVIII *Drama de Trujillo. Cronología comentada*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIX *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen 1. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXX *Drama de Trujillo. Nueva Canosa*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXI *El Tratado de Ryswick y otros temas*. Julio Andrés Montolio. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.



- Vol. CLXXII *La dictadura de Trujillo: documentos 1930-1939*. Tomo I, volumen 2. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIII *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 5. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIV *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 6. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXV *Cinco ensayos sobre el Caribe hispano en el siglo XIX: República Dominicana, Cuba y Puerto Rico 1861-1898*. Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVI *Correspondencia consular inglesa sobre la Anexión de Santo Domingo a España*. Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVII *¿Por qué lucha el pueblo dominicano? Imperialismo y dictadura en América Latina*. Dato Pagán Perdomo, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVIII *Visión de Hostos sobre Duarte*. Eugenio María de Hostos. Compilación y edición de Miguel Collado, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXIX *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXX *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 3. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXI *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 4. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXII *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): el proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo I. Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXIII *La dictadura de Trujillo (1930-1961)*. Augusto Sención Villalona, San Salvador-Santo Domingo, 2012.
- Vol. CLXXXIV *Anexión-Restauración*. Parte 1. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXV *Anexión-Restauración*. Parte 2. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2013.



- Vol. CI.LXXXVI *Historia de Cuba*. José Abreu Cardet y otros. Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CI.LXXXVII *Libertad Igualdad: Protocolos notariales de José Troncoso y Antonio Abad Solano, 1822-1840*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CI.LXXXVIII *Biografías sumarias de los diputados de Santo Domingo en las Cortes españolas*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CI.LXXXIX *Financial Reform, Monetary Policy and Banking Crisis in Dominican Republic*. Ruddy Santana, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXC *Leyslación archivística dominicana (1847-2012)*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos e Inspectoría, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI *La rivalidad internacional por la República Dominicana y el complejo proceso de su anexión a España (1858-1865)*. Luis Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCH *Escritos históricos de Carlos Larrazábal Blanco*. Tomo I. Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCHH *Guerra de liberación en el Caribe hispano (1863-1878)*. José Abreu Cardet y Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCHV *Historia del municipio de Cévicos*. Miguel Ángel Díaz Herrera, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCV *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen I, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVI *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen II, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVII *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen III, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVIII *Literatura y arqueología a través de La mosca soldado de Marcio Vélaz Maggiolo*. Teresa Zaldívar Zaldívar, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVIX *El Dr. Alcides García Lluberes y sus artículos publicados en 1965 en el periódico Patria*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CC *El cacocismo burgués contra Salvaje (1867-1870)*. Roger Gaillard, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCI *«Sociología alderada» y otros materiales de Manuel de Jesús Rodríguez Varona*. Compilación de Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCH *Álbum de un héroe. (A la augusta memoria de José Martí)*. 3ª edición. Compilación de Federico Henríquez y Carvajal y edición de Diógenes Céspedes, Santo Domingo, D. N., 2013.



- Vol. CCIII *La Hacienda Fundación*. Guaroa Ubiñas Renville, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIV *Pedro Mir en Cuba. De la amistad cubano-dominicana*. Rolando Álvarez Estévez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCV *Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles*. Edición de Bernardo Vega, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVI *Pedro Francisco Bonó: vida, obra y pensamiento crítico*. Julio Minaya, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVII *Catálogo de la Biblioteca Aristides Incháustegui (BAI) en el Archivo General de la Nación*. Blanca Delgado Malagón, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVIII *Personajes dominicanos*. Tomo I, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCIX *Personajes dominicanos*. Tomo II, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCX *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. 2^{da} edición, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXI *Una experiencia de política monetaria*. Eduardo García Michel, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXII *Memorias del III Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIII *El mito de los Padres de la Patria y Debate histórico*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIV *La República Dominicana [1888]. Territorio. Clima. Agricultura. Industria. Comercio. Inmigración y anuario estadístico*. Francisco Álvarez Leal. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXV *Los alzamientos de Guayubín, Sabaneta y Montecristi: Documentos*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVI *Propuesta de una Corporación Azucarera Dominicana. Informe de Coverdale & Colpitts*. Estudio de Frank Báez Evertsz, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVII *La familia de Máximo Gómez*. Fray Cipriano de Utrera, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVIII *Historia de Santo Domingo. La dominación haitiana (1822-1844)*. Vol. IX. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2014.



- Vol. CCXIX *La expedición de Cayo Confites*. Humberto Vázquez García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editorial Oriente, de Santiago de Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXX *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo II, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXII *Bromeando. Periodismo patriótico*. Eleuterio de León Berroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXIII *Testimonios de un combatiente revolucionario*. José Daniel Ariza Cabral, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIV *Crecimiento económico dominicano (1844-1950)*. Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXV *Máximo Gómez. Utopía y realidad de una República*. Yoel Cordoví Núñez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editora Historia, de La Habana, Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVI *Juan Rodríguez y los comienzos de la ciudad de Nueva York*. Anthony Stevens-Acevedo, Tom Weterings y Leonor Álvarez Francés. Traducción de Ángel L. Estévez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y el Instituto de Estudios Dominicanos de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY DSI), Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVII *Gestión documental. Herramientas para la organización de los archivos de oficinas*. Olga María Pedierro Valdés, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVIII *Nueva historia mínima de América Latina. Biografía de un continente*. Sergio Guerra Vilaboy, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIX *La olvidada expedición a Santo Domingo, 1959*. María Antonia Bofill Pérez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXX *Recursos de Referencia de Fondos y Colecciones*. Departamento de Referencias, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXI *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1575-1578)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXII *Cuando amaban las tierras comuneras*. Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2015.



- Vol. CCXXXIII *Memorias de un revolucionario*. Tomo I, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIV *Memorias de un revolucionario*. Tomo II, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXV *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña (1897-1933)*. Bernardo Vega, editor. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXVIII *África genitrix. Las migraciones primordiales, mitos y realidades*. Zakari Dramani-Issifou de Cewelxa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIX *Manual de historia de Santo Domingo y otros temas históricos*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXL *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo III, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLI *Paso a la libertad*. Darío Meléndez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLII *La gran indignación: Santiago de los Caballeros, 24 de febrero de 1863 (documentos y análisis)*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIII *Antología*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIV *Cosas añejas. Tradiciones y episodios de Santo Domingo*. César Nicolás Penson. Prólogo y notas de Rita Tejada, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLV *El Código Rural de Haití de 1826*. Edición bilingüe español-francés. Traducción al español y notas de Francisco Bernardo Regino Espinal, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVI *Documentos para la historia colonial de la República Dominicana*. Compilación e introducción de Gerardo Cabrera Prieto, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVII *Análisis del Diario de Colón. Guanani y Mayaguaín, las primeras isletas descubiertas en el Nuevo Mundo*. Ramón J. Didiez Burgos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVIII *Por la verdad histórica (VAD en la revista ¡Ahora!)*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIX *Antología de cartas de Ulises Heureaux (Lilís)*. Cyrus Veesser. Colección Presidentes Dominicanos, Santo Domingo, D. N., 2015.



- Vol. CCL. *Las mentiras de la sangre*. Lorenzo Sención Silverio. Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLI. *La Era*. Eliades Acosta Matos. Edición conjunta de la Fundación García Arévalo y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLII. *Santuarios de tres Vírgenes en Santo Domingo*. Fray Cipriano de Utrera. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIII. *Documentos del Gobierno de Carlos F. Morales Languasco 1903-1906*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIV. *Obras escogidas. Ensayos 1*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLV. *Los comandos*. Bonaparte Gautreaux Piñeyro, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVI. *Cuarto Frente Simón Bolívar. Grupos rebeldes y columnas invasoras. Testimonio*. Delio Gómez Ochoa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVII. *Obras escogidas. Cátedras de Historia Social, Económica y Política*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVIII. *Ensayos, artículos y crónicas*. Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIX. *Cartas, discursos y poesías*. Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLX. *La inmigración española en República Dominicana*. Juan Manuel Romero Valiente, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXI. *En busca de la ciudadanía: los movimientos sociales y la democratización en la República Dominicana*. Emelio Betances, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXII. *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo. Volumen 1, tomos I y II*. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIII. *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo. Volumen 1, tomos III y IV*. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIV. *Ni mártir ni heroína; una mujer decidida. Memorias*. Brunilda Amaral, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXV. *Zarpas y verdugos*. Rafael E. Sanabia, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVI. *Memorias y testamento de un ecologista*. Antonio Thomen, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVII. *Obras escogidas. Ensayos 2*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2016.



- Vol. CCLXVIII *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo I. El fuego tras las ruinas, 1865-1931.* Ginetta E. B. Candelario y April J. Maves (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIX *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo II. Las siempre fervientes devotas 1931-1965.* Ginetta E. B. Candelario, Elizabeth S. Manley y April J. Maves (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXX *La conspiración trujillista. Una fascinante historia.* Andrés Zaldívar Diéguez y Pedro Etcheverry Vázquez, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXI *Memorias del IV Encuentro Nacional de Archivos. Archivos regionales: derechos, memoria e identidad (Santo Domingo, 19, 20 y 21 de febrero de 2014).* Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXII *The Events of 1965 in the Dominican Republic (documents from the British National Archives).* Edición facsimilar. Presentada al Archivo General de la Nación por el embajador Steven Fisher, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIII *Obras casi completas. Tomo 1. Recuerdos, opiniones e impresiones.* Federico García Godoy, Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIV *Obras casi completas. Tomo 2. Cartas.* Federico García Godoy, Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXV *La Vega en la historia dominicana.* Tomo I. Alfredo Rafael Hernán-dez Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVI *La Vega en la historia dominicana.* Tomo II. Alfredo Rafael Hernán-dez Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVII *Archivo General de la Nación. Ayer y hoy.* Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVIII *Antes y después del 27 de Febrero.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIX *Las columnas de bronce. Biografía de los hermanos Eusebio, Gabino y José Joaquín Puello.* Franz Miniño Marión-Landais, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXX *Bibliografía afrodominico-haitiana 1763-2015.* Carlos Esteban Deive, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXI *Notas sobre Haití.* Charles Mackenzie, Santo Domingo, D. N., 2016.



COLECCIÓN JUVENIL

- Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. II *Heroínas nacionales.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín.* Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. V *Padres de la Patria.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VI *Pensadores criollos.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VII *Héroes restauradores.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. VIII *Dominicanos de pensamiento liberal: Espailat, Bonó, Deschamps (siglo XIX).* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2010.

COLECCIÓN CUADERNOS POPULARES

- Vol. 1 *La Ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte.* Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 2 *Mujeres de la Independencia.* Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 3 *Voces de bohío. Vocabulario de la cultura taína.* Rafael García Bidó, Santo Domingo, D. N., 2010.

COLECCIÓN REFERENCIAS

- Vol. 1 *Archivo General de la Nación. Guía breve.* Ana Félix Lafontaine y Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. 2 *Guía de los fondos del Archivo General de la Nación.* Departamentos de Descripción y Referencias, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. 3 *Directorio básico de archivos dominicanos.* Departamento de Sistema Nacional de Archivos, Santo Domingo, D. N., 2012.





Rufinito, de Federico García Godoy
se terminó de imprimir en los talleres gráficos
de Editora Centenario, S.R.L., en el mes de
octubre de 2017 y consta de 1,000 ejemplares.











Rufinito se desarrolla en La Vega en meses posteriores a la ruptura con Haití en febrero de 1844. El lugar era comprensible, el de destino del autor, y lo conocía al dedillo. La fecha contenía una valoración decisiva en la génesis de la nación y, al mismo tiempo, de algunos de sus males, en particular el "personalismo", categoría que también emplearon, a veces con variantes, casi todos los pensadores de la época como quintaesencia de los males vigentes, enquistados en la casta perniciosa de los políticos, pero originado en el individualismo popular, un atributo étnico contradictorio con la acción colectiva.

Pese a ser el crítico literario de su generación, previo a Pedro Henríquez Ureña, García Godoy no elaboró una propuesta acabada acerca del género de esta obra. No puede ser catalogada con exactitud como una novela, aunque contiene elementos propios de la tradición del género, como el despliegue de personajes y la evocación imaginaria de situaciones y sentimientos. El énfasis mayor, expuesto en las consideraciones iniciales, radica en el reclamo de la atención a la verdad exacta de lo narrado. Sin embargo, es patente que el libro tampoco se ajusta al discurso histórico, por cuanto las ambientaciones de detalles y la atribución de reflexiones y emociones a los personajes corresponden a la ficción. Siguiendo la pista que el propio García Godoy provee, se puede definir a *Rufinito* como un relato concebido con un formato literario distinto al que comúnmente utilizan los historiadores. En realidad se mezcla un ambiente de ficción en torno a la trama central y un plano expositivo que contiene tanto la narración de eventos políticos de esos días como las elucubraciones del autor acerca de las materias relacionadas del medio social y las opciones políticas. García Godoy seguramente tomó partido deliberado por tal fórmula con el fin de hacerla atractiva a un amplio público lector y llenar así su finalidad de imbuir conciencia nacional. Por otra parte, es razonable suponer que la escogió por permitirle adentrarse con fidelidad en los aspectos que le interesaban de los eventos que se desarrollaban en la vida real.

ROBERTO CASSÁ



ISBN 978-99-45-91011-7



9 789945 910117



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia